



The Library
of the
University of North Carolina



Endowed by The Dialectic
and
Philanthropic Societies

~~862.8~~

~~T255~~

~~v. 377~~



a 00003 020769

1245

PEDRO MUÑOZ SECA

Los misterios de Laguardia

JUGUETE CÓMICO

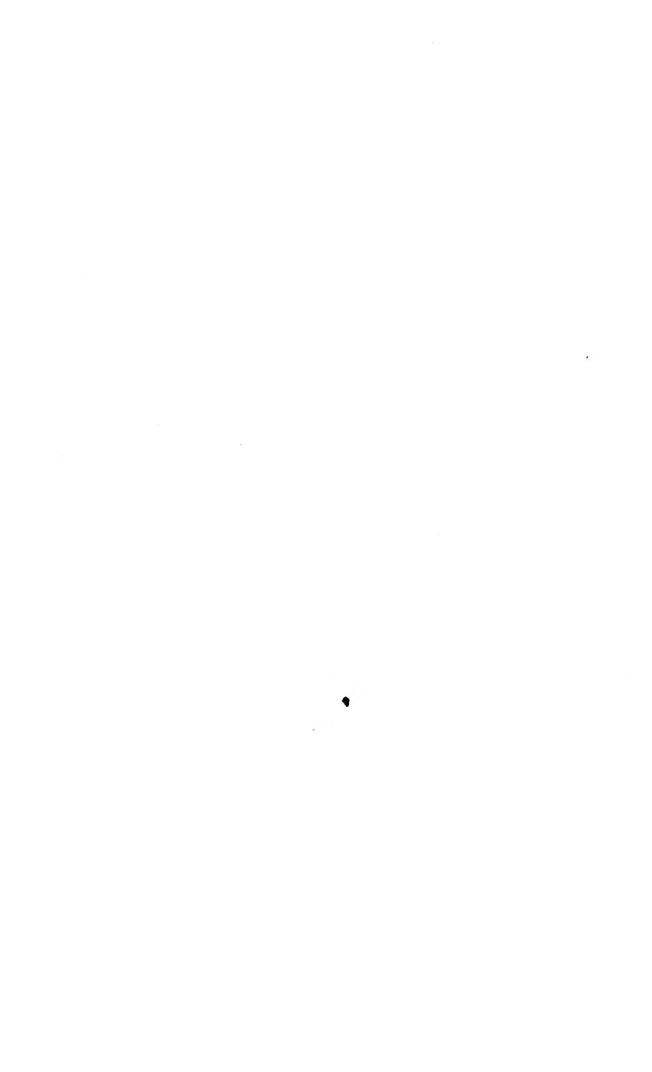
EN TRES ACTOS, ORIGINAL



Copyright, by Pedro Muñoz Seca, 1920

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1920



LOS MISTERIOS DE LAGUARDIA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LOS MISTERIOS DE LAGUARDIA

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

PEDRO MUÑOZ SECA

Estrenado en el TEATRO DE LA COMEDIA de Madrid,
la noche del 3 de setiembre de 1920

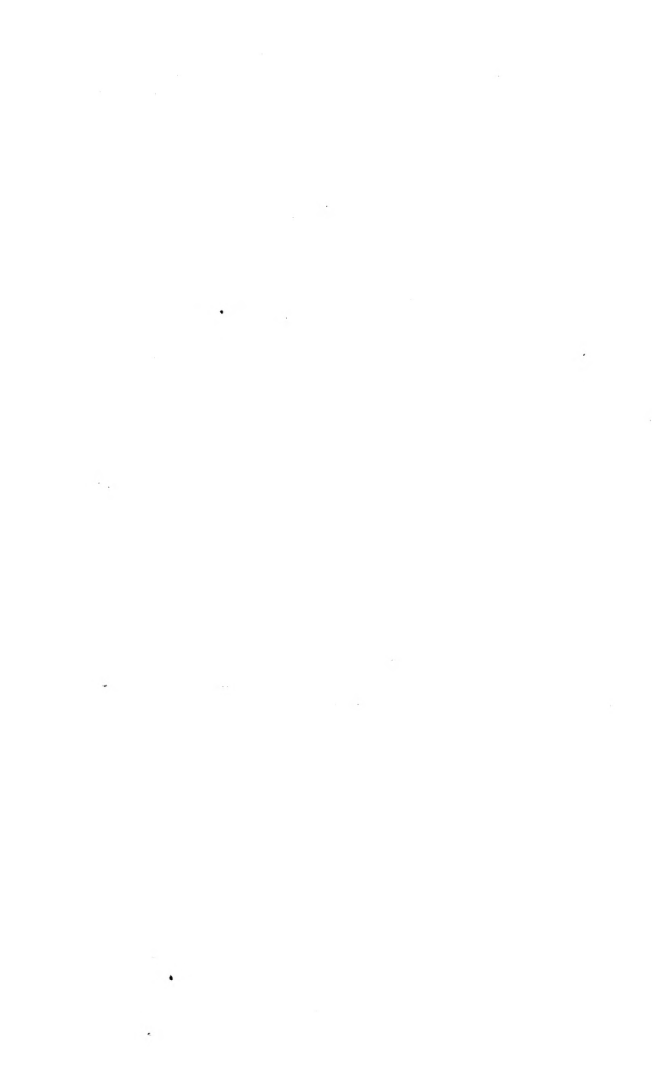


MADRID

Relasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, duca.

TELÉFONO. M 553

1920



A Don Benito Castro, Comisario
General de Seguros, a quien mucho
quiere,

El Autor.

REPARTO ⁽¹⁾

PERSONAJES

ROMANA.....
MAGENCIA.....
HUGOLINA.....
DELFINA.....
PACA.....
ENCANTRUDIS.....
TRIGIDIA.....
CONSORCIA.....
DOLENDIA.....
AQUILES.....
IRENO.....
LUIS.....
ORDOÑO.....
MARQUÉS.....
ENRIQUE.....
ABSALÓN.....
LACABRA.....
LAVAÑA.....
GONGORA.....
CORBINIANO.....
PADIOLA.....
BENITO.....

ACTORES

SRA. SÁNCHEZ ARIÑO-
COMENDADOR.
SRTA. REDONDO.
BASSÓ.
ANDRÉS.
CARBONE.
LEÓN.
REDONDO (I.)
CORTESINA.
SR BABRAYCOA.
TUDELA.
ASQUERINO.
TORDESILLAS.
GÓRRIZ.
F. DE CÓRDOBA.
LEÓN.
ROA.
VALBUENA.
FERNÁNDEZ.
DÍAZ ENRICK.
ROLDAN.
TERRY.

(1) Convirtiendo en criadas, los dos criados del acto segundo, bastarán para interpretar esta obra, ocho actrices y diez actores.

ACTO PRIMERO

Gabinete en casa de Aquiles Laguardia: un gabinete amueblado con tanta sencillez como buen gusto. Habrá un balcón en el foro, una puerta en el lateral izquierda y dos en el lateral derecha. Es de día. La acción en Madrid. Epoca actual y en el mes de Octubre.

(Al levantarse el telón esta en escena DELFINA. Delfina es una criada joven y escuálida. Viste en traje de mecánica: es decir una especie de guardapolvo oscuro, no muy limpio y bastante corto. Calza unas grandes zapatillas de orillo con su buena piel de conejo y todo. De las dos desbocadísimas zapatillas surgirán como dos mondadientes forrados de blanco, las dos flacas piernas de Delfina. Debe contrastar con estos desastrosos «bajos» una rubia cabeza peinada a lo Merode y un gesto de exquisita espiritualidad. Delfina provista de unos zorros aporrea los muebles, sin mirarlos, porque de donde no quita el ojo es de las puertas de la derecha, temerosa de que salga alguna persona. Viendo que no sale nadie corre al balcón y medio grita a alguien que se supone en un balcón cercano.)

DEL. ¿Pero me la vas a *projetar* el domingo, Wenceslao?... Escucha, ¿y cómo ha salido?... ¿Es de veras?... ¡Ay, dímelo!... ¡Aguarda!... (Entra, vuelve a mirar escamadisima, regresa al balcón y mientras escucha, coge los zorros con la mano izquierda y le da quince zorreros a una sila, sin mirarla, por supuesto.)

PACA (Por la puerta de la izquierda. Es la cocinera de la casa y viene de la compra. Tiene unos cuarenta años y es una mujer de una vez. bu na cara, buenas carnes y buen humor. Trae un gran canasto. Al ver a Delfina,

- se detiene, se ríe, pone el canasto sobre una silla y dice muy chulona.) Ya está la Delfina charlando con el pelicularo d'hai al lao, que pa mí que es un sinvergüenza. (Riendo) Y hay que ver el martingalita que se gasta, pa que crea la señora que está limpiando. Bueno, esta Delfina es una creatura cómica donde las haiga. Como que la llamo la *Sara Bernarda* y le está el mote que ni dibujao. La voy a dar un susto. (Se acerca a ella de puntillas y alarga la mano para arrancarle los zorros.)
- DEL. (Hablando como antes y retirando los zorros casualmente.) ¡Quiá! Es muy difícil quitar na.
- PACA (¡Caray! Ni que m'hubiera adivinao.)
- DEL. (Aporreando de nuevo, sin mirar.) Escucha, ¿qué cara tengo cuando lo del abrazo? ¿Estoy Bertinisca?
- PACA ¿Habrá frescales? (Le quita los zorros de un tirón Delfina pega un salto y dice trágicamente, asustada.)
- PACA ¡¡Ah!!... ¡¡Ay!! (Mas tranquila, al ver a Paca.) ¡Ah!
- DEL. (Imitándola.) ¡Ah!
- DEL. (Dejando el balcón.) ¡Qué susto m'has dao, Paca!
- PACA (Ríe Paca) Espera. (Vuelve a asomarse y se despide del vecino.) Hasta luego... Sí... Adiós. (Cierra el balcón.)
- PACA Escucha, ¿pero es verdá que el vecino t'ha hecho una película?
- DEL. ¡Anda! Y dice que pa impresionar no hay otra socia como yo.
- PACA Y eso que no t'ha visto en cubre-corsé.
- DEL. Tú te reirás, pero dice Wenceslao que tengo un juego de brazos que me puedo codear con la Bertini.
- PACA ¡Jajay, qué chusco! Pues como te codees con ella saltan chispas, porque sois de un hue-sismo las dos, que, hay que ver.
- DEL. No hay que exagerar, Paca; que no estoy tan delgá.
- PACA ¿Que no; y pa dormir más blandamente, pones el colchón de canto? ¡Vamos, hija! Pero si tú te metes en el cañón de una escopeta y te pues desperezar. ¡Miá que tú en película!...
- DEL. ¡Ues ya ves: he filmao.
- PACA Pues no rubriques.
- DEL. Y el domingo voy a impresionar otra vez y si es verdad que sirvo, tiro la escoba y que barra otra.

PACA Yo creo, Delfina, que es mejor lo que t'aconseja la señora; q'estudies pa *nurse* o que t'hagas maestra como ella; que ya ves ella hasta aonde ha llegao; na menos que a profesora de la Normal.

DEL. No me hables a mí de la señora porque estoy de ella hasta el latifundio que tengo por nariz. Tú, como llevas en la casa seis días, pues estás en la luna de miel de la servidumbre como aquel que dice.

PACA ¡Mi madre! ¿En la luna de miel y salgo a bronca diaria? Y el motivo de las broncas es lo que más me desespera: porque no preuncio bien. ¿Me quíes tú decir, Delfina? ¿Pero eso es motivo pa reñirle a una cocinera? ¡Vamos, hombre! Señor, ¿están buenas las cloquetas? Pues eso es lo importante. El que yo las llame cloquetas en vez de colquetas, ¿qué más da?

DEL. Pues excuso decirte los siete años que llevo yo pasaos. Porque yo entré en esta casa hace siete años: todavía estaba soltera la señora...

PACA ¡Ah! ¿Pero doña Romana y don Aquiles hace poco tiempo que se han casao?

DEL. Hace unos seis años.

PACA ¿Entonces la señorita Hugolina de quién es hija, de él o de ella?

DEL. De él; de don Aquiles.

PACA Claro, don Aquiles se casaría pa resolver el poblema de la manteneión, ¿no?

DEL. Ni que te creas tú eso. Cuando don Aquiles se casó con doña Romana, estaba muy bien colcao. Había aquí unos extranjeros que comerciaban en maderas y que tenían un Banco...

PACA Lo más lógico.

DEL. En el Banco había una caja y en esa caja estaba don Aquiles. Pero un día no sé io que pasó que vino don Aquiles muy triste y dijo que no podía seguir en la Caja porque se había quebrao el Banco y desde entonces viven tos del sueído de ella y de lo que trae él; porque él se echa a la calle y poco o mucho trae algo tos los días.

PACA Bueno, ¿y esto del huesped, qué es?

DEL. Que como doña Romana no ha querido estrecharse, pues para ayudarse al pago de la

- casa le ha arrendao estas dos habitaciones a ese don Luis Malgren: eso es tó.
- PACA Muy simpático que es don Luis.
- DEL. Que se lo pregunten a la señorita Hugolina.
- PACA ¿Eh? ¿Pero crees tú que?...
- DEL. Son novios hace más de dos meses, pero no lo sabe nadie. Es decir: lo sabemos don Aquiles y yo, pero los dos hacemos la vista gorda. (Sobresaltada, mirando hacia la puerta de la izquierda.) ¡Ay! ¡Que han abierto! (Coge los zorros.)
- PACA ¿Con llavín?
- DEL. Sí.
- PACA (Cogiendo el canasto.) ¡Atiza! Hasta luego. (Se va por la segunda puerta de la derecha. Delfina sigue limpiando.)
- LUIS (Por la izquierda.) Buenos días, Delfina.
- DEL. Buenos días, don Luis. ¿Tan pronto de vuelta?
- LUIS Sí... (Este don Luis, es un hombre de treinta años, bastante guapo y elegante. Gasta bigote y una barbita cuadrada, partida y muy cuidada.) ¿Ha venido alguien preguntando por mí?
- DEL. No, señor.
- LUIS ¿La señora está en casa?
- DEL. No le puedo decir al señor. No la he visto aún.
- LUIS ¿Y el señor?
- DEL. El señor, no señor.
- LUIS Bien. Si alguien viniera preguntando por mí, hágale pasar.
- DEL. Perfectamente (Se va por izquierda.)
- LUIS (Mirando su reloj.) Es temprano aún. (Se sienta y se dispone a leer el «A B C».)
- HUG. (Por la segunda puerta de la derecha. Es una muchacha monísima.) ¡Luis!
- LUIS ¡Hugolina!...
- HUG. Podemos hablar: no hay nadie en casa.
- LUIS Gracias a Dios.
- HUG. Escucha, ¿pero cómo tú por aquí a estas horas? ¿No has dado tu lección de las once?
- LUIS Es el santo de mi discípulo y le he perdonado la clase.
- HUG. No sabes cuánto me alegra el que podamos charlar un rato porque tengo algo muy importante que decirte.
- LUIS No me asustes. ¿Es que han averiguado ya lo de nuestras relaciones?

- HUG. Al contrario: tan libre me creen que anoche han tratado conmigo de cierto proyecto de matrimonio.
- LUIS ¿Eh? ¿Quién? ¿Tu padre?
- HUG. Y mi madrastra: los dos.
- LUIS ¡Hola!... ¿Y con quién desean casarte?
- HUG. Con el antipático de Ordoño Tarazona, el ayudante de don Ireño.
- LUIS Debí figurármelo. La asiduidad de esos dos pajarracos no auguraba nada bueno. No me fío de esos hombres, Hugolina. Conozco al mundo en que vivo y juraría que don Ireño viene por aquí con tanta frecuencia porque le hace el amor a tu madrastra.
- HUG. ¡Por Dios! Siendo ella tan amiga de su esposa ..
- LUIS Tampoco tengo fe en esa amistad. Yo creo que tu madrastra y doña Magencia, la mujer de don Ireño, se odian a muerte. Doña Magencia no ha llegado como tu madrastra a profesora numeraria de la Mormal; es sólo profesora auxiliar y eso la mata de envidia, créemelo. Del mismo modo que doña Romana odia a la mujer de don Ireño, porque ésta domina el léxico mejor que ella, y ya tú sabes que tu madrastra tiene la manía del castellanismo y del academismo.
- HUG. Sí, las conversaciones de ambas son un verdadero pugilato; parecen dos gallos ingleses. Si la una dice «Se e-stá nubando el cielo; por aquí está cirroso», la otra añade: «En efecto, se nubarra; también por allí cumúlusea» .. A mí me ponen nerviosa.
- LUIS Bueno, ¿y tú qué le contestaste a tu padre?...
- HUG. Ya lo podrás suponer: le dije que era demasiado joven para pensar en casarme y que, agradeciendo mucho las pretensiones del señor Tarazona, no accedía a ellas, por ahora al menos. Doña Romana, torció el gesto, dijo no sé qué de la pubertad y del himeneo, y mi padre, que es la bondad misma, puso dos letras a Tarazona, transmitiéndole mi resolución.
- LUIS Perfectamente. ¡Gracias, Hugolina! Yo espero resolver pronto el asunto que me ha traído a Madrid, y entonces...
- HUG. (Amorosa.) ¿Qué?...

- LUIS ¿No lo adivinas? Entonces podremos decir a todo el mundo que nos queremos y todos tendrán una gran satisfacción en vernos casados; te lo aseguro.
- HUG. Nunca me has dicho qué asunto es ese que tanto te preocupa.
- LUIS ¿Para qué?
- HUG. Puesto que de su resolución depende nuestra ventura, debía yo saber. .
- LUIS Es un misterio, Hugolina; no me preguntes.
- HUG. ¡Qué fastidio! Estoy rodeada de personas misteriosas. Porque mi padre...
- LUIS ¿También?
- HUG. Parece que vive entre tinieblas.—¿A dónde vas?—Por ahí.—¿De dónde vienes?—¿Qué sé yo!—¿Cómo has ganado ese dinero?...—¿Qué más da?—Y siempre lo mismo. ¡Como si yo no pudiera saberlo todo! ¡Como si yo no supiera también callarlo todo!
- LUIS Perdóname, Hugolina; algún día comprenderás la razón que me asiste para no hacerte saber... (Suena un timbre dentro.)
- HUG. (sobresaltada.) Han llorado ¿Será ella o mi padre?... Vete a tu cuarto. Yo voy a subir al segundo para dar mi lección de taquigrafía. Hasta luego.
- LUIS Adiós. (Se va por la primera puerta de la derecha.)
- DEL. (Por la izquierda.) Un joven pregunta por el señor Malgrén.
- HUG. Acaso algún discípulo... En su cuarto creo que está. Avísale.
- DEL. Sí, señorita.
- HUG. Si preguntaran por mí, di que estoy en casa de doña Fermina.
- DEL. Está muy bien. (Se va Hugolina por la izquierda.)
- HUG. Hasta después.
- DEL. Hasta luego. (Acercándose a la primera puerta de la izquierda.) ¿Señorito?
- LUIS (saliendo.) ¿Qué hay, Delfina?
- DEL. Un joven que desea verle.
- LUIS Que pase.
- DEL. (Junto a la puerta de la izquierda y hablando hacia el lateral.) Pase usted, caballero. (Hace mutis por la segunda puerta de la derecha.)
- LUIS (Algo inquieto.) ¿Será él?... (Al ver a ENRIQUE que entra por la izquierda.) ¡Ah! Sí... (Acudiendo a él muy efusivamente y sin alzar la voz.) ¡Enrique!
- ENR. (Idem.) ¡Luis!

- LUIS Aguarda. (Se acerca a la segunda puerta de la derecha, mira, y cierra con gran cuidado.) Siéntate; podemos hablar con toda tranquilidad.
- ENR. (Se sienta. Es un hombre de veintitantos años, todo afeitado y pulcramente vestido.) Estás de enhorabuena, querido Luis. He conseguido lo que deseabas.
- LUIS ¿Qué me dices?
- ENR. Sí; esta noche asistirás a la gran fiesta que da en su palacio el Marqués de Moratones, en honor de doña Encantrudis Acoquecha, esa escritora de Nicaragua.
- LUIS ¿Cómo has podido arreglarlo?...
- ENR. De un modo sencillísimo. El Marqués me ha suplicado que me encargue del guardarropa; yo le dije que necesitaba un ayudante, le indiqué tu nombre... es decir, tu nombre, no; le dije que conocía a un muchacho, a un tal Ledro León que había estado varios años en el guardarropa del Palacio y que me inspiraba confianza absoluta; él me dijo que te buscara y eso es todo.
- LUIS Gracias, Enrique, muchas gracias. Me haces feliz con esa noticia.
- ENR. Bueno; tú me aseguras que sólo intentarás apoderarte de esos papeles que dices que te pertenecen, ¿no es cierto?
- LUIS ¿Desconfías de mí?
- ENR. ¡No! Hemos vivido juntos muchos años y te conozco muy a fondo; pero como nunca me has revelado el secreto de tu vida. .
- LUIS Es verdad, voy a revelártelo. A tu lealtad para conmigo debo corresponder con esta prueba de confianza. Escucha. Yo no me llamo Luis Malgrén; yo me llamo Lázaro Maineri.
- ENR. ¡Lázaro Maineri!
- LUIS Sí. Soy hijo legítimo del Príncipe Lázaro y de la Princesa Emma de Cretoni. Mi madre... ¡Dios la haya perdonado!, durante una larga ausencia de mi padre, cayó en el lazo que le tendió un mal nacido y... deshonró su nombre.
- ENR. ¡Jesús!
- LUIS Hace de esto mucho tiempo; tenía yo entonces dos años; mi pobre hermana, cinco a lo sumo. Regresó a Roma mi padre; alguien le enteró de aquella traición y el mismo día

de su llegada huyó mi padre de allí con mi hermana y conmigo, sin querer averiguar ni aun el nombre del miserable que le había ultrajado .. ¡El, que era un santo tenía del honor acaso el verdadero concepto! Nos refugiarnos en Montevideo; allí me dejó al cuidado de Luis Malgreni, un antiguo criado suyo, y él, con mi hermana, cruzó el Plata, dispuesto a trabajar no sé en qué ni en dónde. ¡No les volví a ver! Un día el viejo criado me dijo: «Tu hermanita ha muerto». Luego .. ¡nada! De mi pobre padre ni él ni yo volvimos a saber.

ENR.
LUIS

¡Qué tragedia!
Mucho más horrible de lo que tú te imaginas, Enrique. Luego sepe la magnitud de mi desgracia. Mi padre no había querido llevarme con él; me abandonó al cuidado de aquel hombre, porque... ¡me quemó los labios el decirlo!... porque creía que yo no era hijo suyo.

ENR.
LUIS
ENR.
LUIS

¡Qué horror!
¿Ves cuán digno soy de compasión?
Continúa tu relato.

Cuando cumplí los veinte años murió Luis Malgreni; entonces adopté su nombre, varié algo el apellido para que no denotase procedencia italiana, y me trasladé a Roma. Mi madre había muerto años antes, arrepentida de su culpa, y había dejado en poder del causante de nuestras desgracias un testamento y un sobre lacrado, conteniendo una confesión escrita por ella misma y dirigida a su esposo o a sus hijos... De mi padre, tampoco en Roma se había vuelto a saber.

ENR.
LUIS
ENR.
LUIS

Y esos papeles son los que tiene en su poder...

Sí.

Entonces, el seductor de tu madre...

Es tu amo: el Marqués de Moratones. Y yo necesito leer esa confesión de mi madre, Enrique; porque si no soy hijo del adulterio... ¡Ah! ¡Con qué placer he de partírselo al Marqués el corazón!

ENR.

¡Si aquella noche, cuando ya habías logrado abrir la vitrina, no te hubieran sorprendido!...

- LUIS Gracias que logré escapar, merced a tu ayuda.
- ENR. También el testamento es cosa que debe interesarte, porque tus padres serían ricos, ¿no?
- LUIS No; mi padre era pobre y la fortuna de mi madre era muy escasa. No es el interés sino la venganza el móvil de mis actos.
- ENR. Yo lo que no me explico es... Porque, claro, si de tu padre no ha vuelto a saberse y tú anoche no te separaste de mí... ¡Caramba! Es para volverse loco.
- LUIS ¿Qué dices?
- ENR. Que voy a contarte un suceso que te va a sumir en la mayor de las confusiones. Anoche, y precisamente a la hora en que paseábamos juntos, no se sabe quién, penetró en el salón, escalando una de las ventanas del jardín, rompió cuidadosamente el cristal de la vitrina grande, y respetando los objetos de valor que hay en ella robó solamente el retrato de la Princesa Emma de Cretoni.
- LUIS ¡Cielos!
- ENR. ¿Qué ladrón es ese que roba lo que carece de valor intrínseco, y res-peta, en cambio, joyas y esmaltes, que cada uno de ellos representa una fortuna? ¿Y quién que no seas tú, puede tener interés en conservar ese retrato?
- LUIS (Servioso.) ¡Enrique!... ¿Acaso mi padre?... ¡No! ¡No es posible!... De todas suertes, esta noche puede ser muy provechosa para mí. Debo presentarme de frac, ¿no?
- ENR. Sí, y... no sé cómo te sentará esta exigencia mía, pero es preciso que te afeites. Un criado no puede estar de otro modo. Además, creo que te conviene: el Marqués ha invitado a la fiesta a medio Madrid; a ti hay bastantes personas que te conocen...
- LUIS Tienes razón. Espera; nos marcharemos juntos. Para que aquí no sospechen, te entregaré la ropa necesaria y luego en tu casa... Sí; ven, ayúdame. (Enrique y Luis hacen mutis por la derecha primer término.)
- DEL. (Abre cuidadosamente la puerta del segundo término de este lateral, se asoma, y entra en escena, diciendo tranquilamente): ¿No te lo dije? S'han marchao; la casa es nuestra.

- PACA (Entrando.) ¿Pero tampoco está la señorita Hugolina?
- DEL. Tampoco. Anda, tú: dame una lección de «foxtrote», porque dice Bononato que mientras yo no sea una eminencia foxtrotando, no voy a poder impresionar películas de sociedad.
- PACA Gachó y qué apellido se gasta tu novio el peliculero.
- DEL. Déjate de comentarios y al avío. (La agarra como para bailar.) Anda: tararea.
- PACA Venga. (Comienza a tararear y baila con Delfina.)
- LUIS (Entrando en escena seguido de Enrique. Este conduce un fío de ropas.) No está mal.
- ENR. ¡Caramba! (Delfina y Paca quedan de una pieza.)
- PACA Señorito, usted perdone, pero me dijo ésta...
- DEL. Sí, señor; dispense usted, pero creímos que había usted salido...
- LUIS Por mí, pueden ustedes bailar hasta que se hunda el parque. ¿Vamos, Enrique?
- ENR. Vamos. Buenas tardes. (Se van por la izquierda.)
- PACA Vayan con Dios. (A Delfina.) ¡Pero, mujer!...
- DEL. ¡Qué plancha, hija!... (Escuchando.) Espérate. Ya há cerrado. Ahora sí que no hay nadie. (Agarrándose a Paca de nuevo.) Venga d'ahí (Paca vuelve a tararear y bañan otra vez)
- (En la puerta de la izquierda aparecen IRENO y ORDOÑO. Ireño es un tío que tiene la gran facha. Barba gris respetable y cuidadísima; monóculo, cabellera espesa, sedosa y peinada artísticamente, chaquet, copa alta y enantos detalles pueda ostentar un hombre de buen gusto. Ordoño, por el contrario, aunque muy bien vestido es el arquetipo de lo chulesco. Todo en el eschulo: el sombrero, el bastón, el corte del traje, hasta el bigote: un bigote espeso, ancho, negrísimo, porque Ordoño es joven: treinta y cinco años a lo sumo.)
- IRENO ¿Hay verbena, Ordoño?
- ORD. Hay una desafinación que «destimpana.» (A Paca, que se queda con la boca abierta.) Joven tarareosa, que se le han ido tres corcheas.
- DEL. ¡Ay, Dios mío!
- PACA ¡Nos caímos!
- IRENO ¿Se festeja alguna onomástica?
- DEL. (Muy azorada.) No, señor; don Ireño, es que...
- PACA ¿Pero, por dónde han entrao ustedes?
- ORD. Hijita, por la puerta; solo que nuestro arribo coincidió con la salida del huésped de acá.

- PACA ;Ah!
- IRENO Bueno, el danzón fotoxtrófico, me hace suponer que en la casa no hay nadie.
- DEL. No, señor; no hay nadie; pero ya no tardarán los señores
- IRENO Aguardaremos entonces su retorno.
- ORD. (Indicándoles que se vayan.) «Ahuequendoile».
- DEL. Sí, señor.
- PACA Y hagan el favor de no decir na de esto a doña Romana.
- IRENO Descuida, mujer. Floja se iba a armar si se lo contáramos. ¡Como es Romana! ¡Figúratel! Os iba a pesar.
- DEL. Muchas gracias, señorito.
- PACA Lo mismo digo. (Haciendo mutis con Delfina por la segunda puerta de la derecha.) Como se lo cuentan vamos a bailar con el lío de ropas y acompañás por el baúl. (Se van.)
- IRENO Bueno. ¿Y me quieres decir, Ordoño, qué es lo que persigues al invitar a toda esta familia a la fiesta que da esta noche el Marqués de Moratones?
- ORD. Hombre, eres más obtuso que una tenaja. ¿Qué es lo que tú anhelas? Separar a Aquiles de doña Romana, pa que ésta, desleída como un azucrillo, resbale en tus brazos, ¿no es eso?
- IRENO ¡Ay, Ordoño! Lees en mi cerebelo.
- ORD. ¿Y qué es lo que ansío yo? Hacerle a don Aquiles un favor de tal naturaleza que su hija Hugolina no tenga más remedio que decirse: «Ordoño, usted ha pedido mi mano y yo le doy a usted la mano y el resto de mi anatomía»; ¿no es eso también? Pues, cacho de primo, déjame hacer, porque tengo un plan que se le ocurre a Maquiavelo y le da una congestión.
- IRENO Caray, Ordoño, es que tus planes me dan miedo.
- ORD. ¡Ay, qué rico! ¿Te va mal con ellos por un por si acaso?
- IRENO Hombre...
- ORD. ¿Qué eras tú antes de nuestra alianza? Un tío de buena presencia que vivía a costa de su esposa legítima. (Ireno hace un gesto de desagrado.) ¿Exagero?
- IRENO No exageras; pero, ¿qué eras tú? Un agente de informaciones más desacreditado que los

- ORD. puros de la Tabacalera. Porque en tu agencia policíaca no caía un negocio ni por casualidad. Algún marido encelao que deseaba averiguar lo que hacía su mujer de cinco a nueve de la noche, y pare usted de contar Conforme.
- IRENO Y desde que te has asociado a mí; y yo soy el que da la cara, esta cara que hay que verla despacio; tienes posición y tienes negocios y hasta tienes dinero. Porque nuestra agencia de informaciones secretas, que es hoy día una agencia arquetipo, la he organizado yo... ¡Yo! Que pa esto de organizar tengo un talento que me vajea la cabeza.
- ORD. ¿Y qué ibas a hacer tú sin mí, so tonto? Porque tú sabes organizar, pero, ¿quién es aquí el cerebro que bulle?
- IRENO Eso era menester: que bullera. Porque, ya ves, en el asunto que nos ha encomendado Moratones, no has hecho nada todavía.
- ORD. Sacarle quince mil pesetas, que no es poco.
- IRENO Bueno, pero no has escrito a Italia ni una mala carta.
- ORD. ¿Para qué? El Príncipe y sus hijos fallecieron en Buenos Aires; me consta.
- IRENO No te fíes. El Príncipe era un hombre muy raro, Ordoño, y pa mí, que lanzó a los cuatro vientos la noticia de su muerte por capricho; pero está más vivo que tú y que yo.
- ORD. ¡Quisiera!
- IRENO Pero, vamos a ver, mameluco, enjuicia. ¿Quién pretendió robar los documentos aquella noche?
- ORD. ¿Estás tú seguro de que lo que iban a robar eran los documentos? Porque allí había otras cosas de gran valor.
- IRENO Entonces, y ahora sí que te aplasto con mi lógica, ¿quién ha robado anoche el retrato de la Princesa de Cretoni, respetando todos los demás objetos? Contesta.
- ORD. Yo, so primo.
- IRENO ¿Eh? ¿Tú?
- ORD. (Sacando un medallón del bolsillo y mostrandoselo.) ¡Míralo!
- IRENO (Boquiabierto.) ¿Pero?...
- ORD. ¡Eres más infeliz que Puh y Pons y que Puig y Cadafalch!
- IRENO Caray, Ordoño, explícate, por tu madre.

- ORD. Este medallón nos vale a nosotros cincuenta mil duros, y si no al tiempo.
- IRENO No me aturdas.
- ORD. Mira: el Marqués de Moratones, que es más tonto que una galleta, cree en este momento que el Príncipe de Cretoni existe.
- IRENO Como lo creía yo.
- ORD. Cree que el mismo Príncipe o un echadizo suyo ha intentao el robo del otro día y ha perpetrao el de anoche. ¿Eh? ¿Voy bien?
- IRENO Vas que deslumbras
- ORD. Bueno, pues escucha mi proyecto y no pestañees. Tú verás... (Suena un timbre dentro.) Han llamao. (levantándose.) Punto en boca.
- IRENO Me dejás intrigadísimo.
- ORD. Se continuará
- DEL. (Entrando en escena por la derecha.) Voy a abrir que han llamao. Debe ser la señora. (se va por la izquierda.)
- IRENO (Acicalándose.) ¡Ojalá! ¡Qué colao me tiene, Ordoño! (Rumor de voces dentro.)
- ORD. Es tu mujer.
- IRENO ¡Malhaya sea un tiro!...
- ORD. Escucha, ¿sospechará algo Magencia? .
- IRENO No, hombre, es que la muy idiota, en cuanto estrena algo viene a refregárselo a Romana por las narices, y como ayer le regalé esas pieles ..
- MAG. (En la puerta de la izquierda, hablando hacia el lateral.) Sí; suba y comuníqueme a la señorita Hugolina que yazgo aquí. (Magenia tiene cincuenta años. Es una señora que parece que habla con el estómago Viene vestida con cierta exageración y trae un manguito y una piel llamativísimos.) Hola. Sabía por la fámula que estábais aquí.
- IRENO (Parándola los pies.) ¡Chis . chis!... Como si estuviéramos en casa, Magencia.
- MAG. ¿Eh?
- IRENO Que me hables a lo llano. A mí, académicos no.
- MAG. No necees, Ireño.
- IRENO (Amenazador.) Me hablas a lo llano o te despeino.
- MAG. No despotices ni te entigrescas. Ya sabes que a mí la despotiquez no me coarta Si estás biliario ruibarbéate y dejame en paz.
- IRENO ¿Pero, tú oyes esto, Ordoño?
- ORD. Vamos hombre, tampoco hay que ponerse

- así porque ella «fraseológué» como le venga en ganas; ella es una normalista y practica lo suyo.
- MAG. Gracias, Tarazona; usted no me cicatea nunca el elogio; pero este neciarón es un descomplaciente y un berrinchudo insoprotable.
- IRENO ¡Magencia!...
- MAG. Sí, Ireno, sí; eres conmigo desagradable, huraño, áspero y desabrido.
- IRENO ¡Te daba así!...
- HUG. (Por la izquierda.) ¡Oh!... ¡Doña Magencia!...
- MAG. (Besándola.) ¡Hugolinita!...
- HUG. (A los demás.) Buenas tardes.
- IRENO Dios te guarde, muchacha.
- ORD. Muy buenas tardes.
- HUG. ¿Llevan ustedes mucho tiempo esperando?
- MAG. Yo acabo de arribar; éstos, lo ignoro.
- ORD. Llevábamos aquí un rato largo; pero hambre que espera hartura no es hambre ningúnísima.
- HUG. Muy amable. (Rumor de voces dentro.) Aquí está ya Romana.
- ORD. (A Ireno.) Ahora va a principiar el pugilato de siempre: a ver cuál de las dos pronuncia mejor. Debilidades.
- ROM. (Por la izquierda. Tiene cuarenta y cinco años; es guapa y viste con buen gusto. Es una señora que pronuncia maravillosamente y hasta un poco exageradamente. Como Magencia le hace en esto la competencia, llegan las dos a sostener un verdadero pugilato, como dice Ordoño.) ¡Oh! Buenas tardes o buenos días, porque aún el sol no ha llegado al cenit... ¿Qué tal, Magencia?
- MAG. (Besándola.) Muy bien, Romana.
- ROM. (Trae piel nueva.) Amigo Ireno... Ordoño... (Les alarga la mano.) ¡Jesús! Me dijo la portera que tenía visita y he subido la escalera tan raudamente que vengo depulsada. Pero, acomódense. (Se sientan.)
- MAG. Hacía más de una treintena de días que no nos veíamos, ¿verdad?
- ROM. Sí.
- MAG. Como nuestras clases de la Normal no son ahora coincidentes...
- ROM. Claro, yo ahora mañanco... (¡Cómo me enseña la piel!)
- MAG. Y está usted más gruesa, Romana.

- ROM. Sí; me estoy abereugando un poco. A este paso voy a llegar muy pronto a lo esferoidal...
- MAG. ¡Por Dios!
- ROM. Ahora, que es carne de poca magrez, porque estoy a dieta lactívora.
- MAG. ¡Oh! ¿Es usted dietética?
- ROM. Sí; soy dietista. (A mí no me achicas tú.)
- MAG. Yo estoy también a régimen leguminívoro; porque, aunque he sido siempre débil y entecada, comencé a adquirir un color ahigadado tan cadaveroso, que me dijo Ireño: «Cuidate, Magencia; porque, hija mía, te estás ahilando», y ahora ingiero una de platos de legumbres que me ahito.
- HUG. ¿Cómo ha dicho usted?
- MAG. Que ahítome.
- HUG. ¿Dónde?
- MAG. Digo que como con marcado exceso y que voy teniendo algo de curvidad. Poseo ya una piel que da gusto; es otra piel.
- ROM. (¡Como si no!)
- IRENO Pues nosotros, Romana, traemos a ustedes una invitación para la fiesta de esta noche.
- ROM. ¿Por fin?
- IRENO Sí, señora. Y creemos que su esposo de usted saldrá esta noche del palacio de Moratones con la sonrisa optimista del triunfador. Aquí, mi socio, le ha hablado a don Absalón Calvó, un entrañable amigo de Moratones que tiene negocios en Bilbao, y don Absalón le ha dado su palabra de colocar a don Aquiles mañana mismo.
- ROM. ¡Ay! Si ese milagro se realizara, sería la felicidad para todos, amigo Ireño.
- ORD. Delo usted por realizao, doña Romana; mi amor propio... y algo más, va jugao en esa carta. Y ya sabe usted por dónde voy.
- ROM. (Mirando a Hugolina.) Hay favores que abren de par en par los corazones, Ordoño, y este sería un favor llave para esa clase de aperturas.
- HUG. (¡Estás tú fresca!)
- ROM. Mi pobre Aquiles ante su forzosa inutilidad se consume. Diariamente escruta el horizonte sin resultado, y esta constante desesperanza aumenta su misantropía y su misterismo, porque está más misterioso que nun-

ca. Yo le digo que no se dilacere, que con mi sueldo tenemos para el diario condumio, pero él es tan digno que si no aporta cotidianamente su óbolo se cree abaldonado. (Por Magencia.) ¡Chúpate esa!

MAG. (Revolviéndose inquieta y achicada.) Claro, el pobre no se adecua...

ROM. ¿Y ese señor Calvo, quién es?

ORD. ¿Calvo? Señora, si él supiera que acababa usted de llamarle Calvo, no colocaba a don Aquiles ni aunque le fuera en ello la vida.

ROM. ¿Por qué?

ORD. Porque es un tío que tiene la manía de los pelos. Le da por ahí. Dice que el hombre debe ser velloso y peludo y a tó el que ve afeitao, le vuelve la espalda.

ROM. ¡Qué rareza!

MAG. Exotismos.

ORD. Es un hombre muy raro. Con los toreros transige porque se dejan la coleta, pero ¿con los curas? ¡María Santísima!... Y no es que él sea ateo: to lo contrario; costea seis conventos de franciscanos y tres de capuchinos, no le digo a usted más. Ahora, que hasta los legos tienen que dejarse la barba. Maniatiquismos. Mire usted si será raro, que ayer comiendo merluza en salsa, se encontró un pelo así... y en lugar de asquearse dijo muy satisfecho: «Homabre, qué gusto; hoy está la merluza a la borgoñona»; y se pegó un atracón que a poco coge un misere-re.

IRENO A mí me profesa un verdadero afecto.

ROM. ¿Y cómo dice usted que se llama?

ORD. Don Absalón Calvo. Calvo, ¿eh? Con un acento en el vó como un palasán.

ROM. Pues como Aquiles tiene ese bigote tan amplio y esa cabeza que parece un erizo aterrado, creo que le caerá en gracia.

ORD. Como que cuando yo le describí a don Absalón el pilosismo de don Aquiles, me dijo: «Eso es un hombre, Tarazona; eso es un hombre.» (Suena un timbre dentro.)

ROM. ¡Ay! Ahí está. Vendrá extenuado y lacrimabundo, sin sospechar la dicha que le aguarda.

ORD. Pues como esto de la colocación se pué decir que es un hecho, pa indicárselo de una

manera original, vamos a recibirle cantándole a coro aquello de «Qué rico pelo tienes, carabí». ¿Hace?

- MAG. ¡Por Dios, Tarazona!...
 IRENO Sí, hombre, sí; que él note que hay aquí alegría, a ver si se anima.
 ROM. (Riendo.) ¡Jesús, qué ocurrencia!
 IRENO Prevenidos, que ahí viene.
 ORD. (Dispuesto a llevar el compas) ¡Venga!
 TODOS (Cantando.)

Qué rico pelo tienes,
 carabí.
 ¿Quién te lo cortará?
 Carabí y hurí y...

(Ven a AQUILES que entra en escena por la izquierda, pausada y tristemente, y cortan todos el canto en seco y se quedan con la boca abierta como si hubiera ocurrido una catástrofe. La cosa no es para menos: el bueno de Aquiles se presenta completamente afeitado y pelado con el cero. Representa Aquiles unos cincuenta años; no viste bien ni muchísimo menos y por sus modales recatados, por su encogimiento y humildad, por su modo de hablar reposado y triston, y sobre todo, por su cara llena de bondad y mansedumbre, semeja un santo: un verdadero santo.)

- ROM. ¡¡Dios mío!
 HUG. ¡¡Papá!
 MAG. ¡¡Jesús!
 ORD. ¡¡Mi madre!
 IRENO ¡La pringó!
 AQUILES (Sonriendo humildemente.) ¿Choco?
 IRENO ¿Qué choco, hombre de Dios? Tiburones en su tinta.
 ORD. ¡Nos ha fastidiado!
 IRENO ¡St que vienes... al pelo!
 AQUILES (Perplejo.) No me explico...
 ROM. (Severamente.) ¡Aquiles!... (Lleándose una mano al corazón como si enfermara de repente.) ¡Ay de mí!
 MAG. (Acudiendo a ella en unión de Hugolina e Ireno) ¡Romana!
 ROM. (Reponiéndose súbitamente.) Nada, no es nada; no me circuyan.. (Se separan de ella.) ¡Aquiles!...
 AQUILES (Humildísimamente.) Tú dirás.
 ROM. Sabes que yo nunca denosto ni diatrivo ni depreco; pero en este caso, ante la inoportuna bisoñada que acabas de hacer rasurán-

dote, tengo que llamarte patochoero por no apelar a un adjetivo más lacerante.

AQUILES

Pero...

ROM.

Ireno te explicará los motivos de esta desentplanza. Acompañeme, Magencia, y tú también, Hugolina. No quiero verle. (Inicia pausadamente el mutis.)

HUG.

(¡Pobre papá!)

MAG.

(Por Aquiles) (¡Infeliz!... Es un bobático.)

ROM.

(¡Qué desilusión!... Yo le creía dolicocefalo, pero con ese depilamiento se ve que es de una cilindrocefalia completamente eúscara.)
(Se va con Magencia y Hugolina, por la segunda puerta de la derecha)

AQUILES

(Humildemente, santamente.) ¡Lo que es la vida! Y yo que venía diciéndome: «¡lo que se van a reir cuando me vean...!» ¡Todo sea por Dios!

IRENO

(Cruzándose de brazos.) ¡Buena la ha hecho usted cortándose el pelo y afeitándose!

AQUILES

¿Usted cree?...

ORD.

Claro está, hombre de Dios: como que ha perdido usted toda la fuerza que tenía.

AQUILES

¿Pero es que soy yo Sansón por una casualidad?

IRENO

¡Qué Sansón ni qué berengena! Es que don Absalón Calvó iba a darle a usted un destino y ya conoce usted sus opiniones sobre los hombres afeitados.

AQUILES

¿Eh? ¿Que iban a destinarme? ¿Y yo me he cerrado esa puerta? (Desesperado.) No me tiro de los pelos porque no podría hacerlo, ni aún con pinzas, pero es para volverse loco.

ORD

¿Pero qué capricho l'ha dao a usted de mondar, criatura?

AQUILES

¡Capricho!... Yo no tengo caprichos, señor Tarazona. Esta mondez me suponía ganar honradamente un duro diario y yo por un duro diario me pelo, me afeito y hasta me limo la cabeza.

IRENO

Hombre, no está usted en tan mala posición, amigo Laguardia, porque su esposa...

AQUILES

Mi esposa es una santa y gracias a ella mi lija y yo tenemos el plato asegurado; pero yo tengo dignidad y no sé vivir a costa de nadie. El día que yo no trajese a mi casa unas pesetas me moriría de vergüenza y de asco.

- ORD. (¡Pero hombre!)
- AQUILES Para ganar honradamente esas pesetas llevo más de dos años haciendo cosas inverosímiles: desde andar por esas calles dentro de una botella de cartón y anunciando la tinta «Bleu de Nubia», hasta hacer cola en los estancos y vender mi puesto por cinco céntimos. Yo he tomado parte en todas las cucañas acuáticas que se han celebrado en el estanque del Retiro y en la última obtuve un premio de veinte pesetas después de treinta y cinco chapuzones, que desde entonces me inspiran los peces la más profunda compasión. ¡Animalitos! ¡Siempre en el agua!...
- ORD. (¡Es un santo!)
- AQUILES Y he hecho más: he hecho lo que muy pocos hombres serían capaces de hacer. ¿Recuerdan ustedes que hace dos meses se elevó en un Mongolfier el Capitán Grillón, colgando de un trapecio y llevando a un hombre prendido de sus dientes?
- IRENO Sí: le vimos. ¡Qué horror!
- ORD. ¡Qué espanto!...
- AQUILES Pues aquel hombre que colgaba de los dientes del capitán... ¡era yo!
- IRENO ¡Jesús!
- ORD. ¿Y tuvo usted valor?
- AQUILES Cuando el globo comenzó a remontarse sentí que me faltaba y hasta estuve a punto de suplicar al capitán que abriese la válvula para que descendiéramos en el acto, pero me abstuve temeroso de que me dijera que sí.
- IRENO ¿Temeroso? ¿Pero no era ese su deseo?
- AQUILES Es que para decirme que sí, hubiera tenido que abrir la boca y como me sujetaba con los dientes ..
- IRENO Es verdad.
- AQUILES Y todo esto he tenido que hacerlo ocultándolo a mi familia que por eso me llaman misterioso. ¡Misterioso!
- ORD. Bueno, y ahora lo del pelo ¿qué ha sido? ¿Es que lo ha vendido usted para algún cojín?
- AQUILES No, señor: es que Marcos Lavallega, ese artista tan notable, está haciendo un grupo bíblico que representa la resurrección de Lázaro el de Betania. Necesitaba para el prota-

gonista un modelo *ad hoc*; un hombre flaco, macilento y con aspecto de desenterrado. Hablé con él, le gusté muchísimo, me dijo que fuera hoy a las ocho completamente resurado, he ido y aquí está el primer duro que he ganado en esta nueva fase de mi vida. (Saca el duro y lo besa.) ¡Loado sea el Señor! No creo que nadie me reconozca, porque desnudo y envuelto en una sábana estoy rarísimo; lo que se dice rarísimo, pero aunque me reconocieran, lo que hago lejos de envilecerme me enaltece.

- ORD. Y que lo diga usted.
AQUILES ¡Con tal de que no lo sepan ni mi esposa ni mi hija! ..
- ORD. Por nosotros...
IRENO Es lástima, que por ganar unas pesetas haya malogrado usted su porvenir.
- ORD. Quiá hombre: todo tiene arreglo.
AQUILES ¿Eh? ¿Qué dice usted?
ORD. Pues digo que yo tengo en cada ojo una lamparería y se me está ocurriendo el medio de conciliarlo tó.
- IRENO Lo celebraría, Ordoño.
ORD. Pues dalo por hecho.
AQUILES (Encaudilado.) ¡Señor Tarazona!...
ORD. Pero, vamos. que definitivo. A usted le destina don Absalón o yo me doy un tajo que me desgañoto.
- AQUILES ¡Dios mío!
ORD. ¿No es a Bilbao adonde le va a mandar? ¿Y no ha dicho él que pasao mañana se va a París y no vuelve hasta los Carnavales? Pues ya está. Usted se pone esta noche un bigote postizo que parezca un felpudo, le decimos a don Absalón que se ha pelao usted, porque estaba usted necesitao y le ofrecieron ochocientas pesetas por la cabellera para hacerle un bisoné... ¿a quién decimos? A León Boyd.
- IRENO No está mal. Se va usted a Bilbao y cuando vuelva de París el señor Calvó, tiene usted ya bigote propio y más melena que un virtuoso de la guitarra.
IRENO ¡De primerísima!
AQUILES Déjeme usted que le bese la diestra, señor Tarazona.
ORD. ¡Vamos, hombre!

- AQUILES ¿Y es esta noche cuando he de presentarme al señor Calvó?
- IRENO Esta noche: en la fiesta que da el Marqués de Moratones.
- AQUILES ¡Qué casualidad! El señor Marqués ha estado esta mañana en el estudio de Lavalleja.
- ORD ¿Eh?
- IRENO ¡Caramba! ¿Pero le ha visto a usted?
- AQUILES Y hasta ha felicitado a Lavalleja por haber encontrado un modelo como yo: Le dijo que era yo un cadáver precioso.
- ORD. ¡Caray!
- AQUILES Se lo agradecí muchísimo.
- IRENO (A Orduño) Escucha tú; ¿será cosa que lo reconozca?
- ORD. Vamos, quita: vestido de frac y con el bigote puesto...
- AQUILES ¡Qué me va a reconocer!
- IRENO Pues entonces no hay más que hablar. Vamos a comunicar a la familia este feliz arreglo; porque sobre todo la pobre Romana se quedó al verle a usted depilao, que, vamos, se la podía ahogar con un cabello.
- AQUILES Vamos, sí; pero permítanme ustedes que yo, antes que nadie, trasmita a todos la gratísima nueva.
- IRENO Con mucho gusto.
- AQUILES Gracias. (Se va por la segunda puerta de la derecha.)
- IRENO ¡Orduño!...
- ORD. Ese santo está dentro de dos días en Bilbao y en cuanto que se vaya, doña Romana y Hugolinita son cosa nuestra.
- IRENO ¡Dios te oiga!
- ORD. Y con el dineral que vamos a sacarle a Moratones, verás qué vida.
- IRENO Dios te escuche.
- ORD. Por cierto que tienes que dejarme trescientas pesetas.
- IRENO Dios te ampare.
- ORD. ¿Eh?
- IRENO Nada, hombre, estaba distraído: luego te las daré. (Se van por la segunda puerta de la derecha.)
- DEL. (Por la izquierda, con un papel en la mano.) Bueno, es que está enamorado de mí de una manera q'arrebata. (Leyendo.) Sí, queridísima Delfinísima...
- PACA (Por la primera puerta de la derecha: a media voz.) Escucha.

- DEL. (Asustada.) ¡Ay! (Se guarda el papel en el pecho.)
PACA Pero, ¿qué haces?
DEL. Que creí que era la señora y me estaba guardando esta carta en el pecho.
PACA Dirás en la blusa.
DEL. Bueno, ¿y qué quieres?
PACA Que por la ventana de la cocina me ha dicho tu novio que acaba de escribirte una carta y que me la leas porque me interesa a mí también.
DEL. Si eso era lo que estaba haciendo. Aguarda. (Vuelve a sacar la carta.) Este es el párrafo que tengo que leerte. (Lee.) «Convéncete de que eres la reina del metraje y si esta noche te decides podrás impresionar a la luz de la luna esa película romana de que te hablé y que voy a titular: «La familia de los Cayos.» Por si tienes escrúpulos y no quieres venir sola, di a tu hermosa compañera de servidumbre que te acompañe. Puede sernos muy útil porque como es una mujer bastante gruesa, tiene que estar muy bien de romana. Hasta luego. No faltes. Ven y ven y ven. Te adora hasta la enajenación tu Wenceslao Bononato.» (Guardándose la carta.)
PACA Ya comprenderás que yo voy sea como sea.
DEL. ¿Y es esta noche?
PACA Sí. ¿Te animas?
PACA Ya lo creo: cuenta conmigo En cuanti salgan los señores nos plantamos allí.
DEL. ¡Eso!
PACA Escucha, ¿serviré yo pa eso?
DEL. A la segunda lección te pones al corriente.
PACA ¡Ah! ¿Pero enseñan?..
DEL. ¡Y poco bien! Cómo debe una andar. y abrazar y besar..
PACA ¡La señora!
ROM. (Por la derecha segunda puerta seguida de Ireño.) Tiene usted razón: eso hay que festejarlo. A ver... Delfina, tú que eres la que mayor domeas: trae unas copas y unas botellas de Amontillado Basilio. Ayúdele, Paca.
PACA Sí, señora.
DEL. ¿Qué copas saco?
ROM. Las buenas: las abaccaradas.
DEL. Está muy bien (Medio mutis.)
ROM. Y poued tino en el transporte que sois las dos muy aturdidas y atarantadas.

- DEL. Descuide la señora. (Se va con Paca por la derecha, segunda puerta.)
- IRENO Romana... Ahora que estamos solos...
- ROM. (Digna.) Ireno, no comience. Déjese de osamientos y guárdeme el respeto a que soy acreedora.
- IRENO Si no puede ser, Romana; si me tiene usted trastornao y abotargao...
- ROM. (Severísima.) ¿Ha dementado usted?... Le repito que no insista. Cien veces le he dicho que yo no sé pisar sobre légamos.
- IRENO ¡Romana de mi vida! (Rumor de voces cerca.)
- ROM. ¡Silencio!
- (Entran en escena MAGENCIA, HUGOLINA, AQUILES y ORDOÑO.)
- ORD. No se apure usted, amigo Aquiles; en mi oficina tengo yo bigotes de tos los tamaños y de tos los pelos. ¡Pues apenas si me he disfrazao yo en este mundo!
- AQUILES ¡Ah! ¿Sí?
- ORD. Siempre que he tenido que averiguar algo importante he apelao a los disfraces pa entrar y salir sin ser conocido.
- HUG. Y se enterarán ustedes a lo mejor de una serie de líos.
- ORD. ¡Figúrese!... Como que hay por ahí cada tío agorrinao. Mire usted: ayer por un casual hemos sabido éste y yo el martingalas de que se vale un amigo nuestro pa atraer a las domésticas inocentes y enloquecerlas, amén de otros fines.
- AQUILES ¡Caramba!
- ORD. De un ingenio, que diga Ireno.
- IRENO Definitivo.
- ROM. ¡Pobres mujeres!
- MAG. A esos hombres malévolos les quitaba yo la piel.
- AQUILES ¿Y qué es lo que hace?
- ORD. Pues verá usted.
- DEL. (Con PACA por la derecha, segunda puerta. Traen dos botellas y una bandeja con copas.) Aquí está esto, señorita.
- ROM. Bien, Paca, escancie.
- HUG. (A Ordoño.) ¿Y cuál es el martingala de su amigo?. Digo, si puede contarse.
- ORD. Ya lo creo. Pues verá usted: entre él y un primo suyo que es dueño de un solar, han armao un tenderete con cuatro tablas y un

toldo de cretona, y han hecho una caja, con manivela y tó que parece una máquina de impresionar películas: engatusan a las muchachas diciéndolas que tienen condiciones pa el peliculeo, las soban con el aquel de aleccionarlas y cuando las infelices están colás, hacen como que impresionan una película romana con bacanal y todo, buscan a un sinvergüenza que por dos duros se lleva cuatro horas dándole a la manivela y ellas y ellos vestidos a la romana, se embriagan y arman una zambra que acaban siempre en la Comisarfa.

MAG.

¡Qué escándalo!

PACA

(Aparte a Delfina.) ¡Delfina! ¿Será tu novio?...

DEL.

Wenceslao es un caballero y un profesional.

AQUILES

(Secándose el sudor. (¡Mi santa madre!)

ROM.

Delfina: sirva el licor. (Obedece Delfina.)

AQUILES

¿Y dice usted que el aparato de impresionar es una filfa?

ORD.

Filfísima.

AQUILES

¿Y dice usted que dan dos duros?

ORD.

Sí, señor.

AQUILES

(Pues a mí no me dieron más que cuatro pesetas.) ¿Y cómo se llama ese amigo de ustedes?...

IRENO

Wenceslao Bononato.

DEL.

¡Ah! (Pega un grito y deja caer la bandeja sobre el manguito de Magencia.)

MAG.

¡Mis pieles! (Todos gritan. Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Hall del palacio de Moratones. Gran puerta de entrada a la izquierda, primer término. En segundo término y en chaffán otra puerta que conduce a una habitación convertida en guardarropa. Se ven muchas perchas con sombreros, abrigos de caballeros y de señoras. Ante esa puerta y a guisa de mostrador una mesa y sobre ella varias fichas numeradas. En el foro galería de cristales que se pierde a la derecha. En el lateral derecha dos puertas. Es de noche. El palacio arde en fiestas. Todas las puertas estarán de par en par y todos los salones iluminadísimos. Una orquesta sonará a ratos dentro, lejos, tocando piezas bailables. En este acto los caballeros vestirán de frac y las señoras lucirán ricas toaletas. Los criados de frac y calzon corto, excepto Luis y Enrique, los encargados del guardarropa, que llevarán calzón largo.

(Están en escena, LUIS, ENRIQUE, GONGORA, MORATONES y LAVAÑA. LUIS estará completamente afeitado y en el guardarropa con Enrique. Góngora, criado, de pie junto a la puerta de la izquierda. Moratones charlará con Lavaña en el centro de la escena. El Marqués de Moratones es un señor de sesenta años, con cara de primo. Gasta una barbita algo ridícula y se adorna con una banda blanca y varias condecoraciones. Lavaña es un hombre joven y completamente afeitado.)

MARQ. (Con marcado acento portugués.) Entonces, usted cree, querido Comisario...

LAV. Yo creo firmemente, señor Marqués, que es usted víctima de una maquinación.

GÓN. (Aplicando el oído con gran interés.) ¿Eh? ¿Qué dice? (Disimuladamente da un paso hacia ellos y sigue escuchando.)

- LAV. He hecho las oportunas averiguaciones, y tanto ese don Ireño Launa como su socio Ordoño Tarazona son dos hombres de los que no se puede uno fiar.
- MARQ. Me deja usted de una pieza, amigo Lavaña.
- LAV. Me atrevería a jurar que ese retrato de la Princesa Emma de Cretoni ha sido robado por ellos mismos, con el fin de enredar el asunto, interesar a usted y explotarle vilmente.
- MARQ. ¡Por Dios!
- LAV. Conozco el procedimiento de esa gentuza. Desgraciado del que cae en sus redes. Por fortuna, estoy aquí yo. Antes de seis horas habré tenido el gusto de devolver a usted el retrato de la Princesa. ¿Me creería usted así? La prueba sería concluyente, pero...
- MARQ. Duda usted aún, ¿no?
- LAV. No sería franco si se lo negara. Puede que la duda se funde en mi deseo de encontrar al Príncipe de Cretoni, sea como sea, para al fin conocerle, caer de rodillas a sus pies y pedirle perdón. ¡Pobre Lázaro! El y yo fuimos víctimas de aquella mujer, a quien Dios haya perdonado. ¡Infeliz! Tal vez viva pobre y errabundo, ocultando avergonzado su nombre y su condición ilustre; tal vez no tenga con qué alimentar a sus hijos, en tanto que yo llevo veinte años recorriendo el mundo en su busca para entregarle joyas y dinero por valor de un millón de duros... ¡Ah! El no haberle encontrado constituye mi desesperación. Por eso, ahora, cuando por estos indicios creo tenerle cerca, el quitarme la esperanza de hallarle, es quitarme la más preciada de mis ilusiones. Amigo Lavaña, ¡ojalá haya sido él quien intentó apoderarse de los documentos de la Princesa y quien logró ayer robarme su retrato.
- LAV. ¡Quién sabe! Puede que esté yo en un error...
- MARQ. Así sea.
- LAV. Usted ha hecho cuanto le indiqué, ¿verdad?
- MARQ. Sí, señor; so pretexto de desocupar la vitrina grande he trasladado esta mañana mis ejecutorias y los documentos de la Princesa al bargeño de mi despacho. Toda mi servidumbre ha tenido conocimiento de esta traslación.

- LAV. Perfectamente. El detalle era interesantísimo, porque la persona a quien interesa robar esa documentación, tiene cómplices dentro de esta casa.
- MARQ. ¿Cree usted?...
- LAV. Sin dudarle un instante; y es claro, sabiendo todos donde están ahora los documentos, es posible que esta misma noche intenten apoderarse de ellos.
- MARQ. ¿Eh? En ese caso...
- LAV. No se preocupe; desde primera hora se halla oculto en el despacho un agente de mi confianza.
- BEN. (Por la izquierda. Es otro criado. Se planta junto a la puerta, frente a Góngora y anuncia en alta voz:) ¡Don Absalón Calvó!
- LAV. Dejó a usted; ese señor Calvó no me ve una vez que no me falte al respeto, y no quiero esta noche cuestiones con nadie; no nos conviene.
- MARQ. Como va usted afeitado y él tiene esa extraña manía..
- LAV. Hasta luego.
- MARQ. Hasta después, Lavaña. (Vase Lavaña por la derecha.)
- ABS. (Que ha entrado en escena por la izquierda, al ver a Lavaña se detiene y dice con gesto de repugnancia:) ¡Lavana! ¡Ni la moja siquiera! ¡Puaf!.. (simula que escupe asqueado. Vase Benito por la izquierda.)
- MARQ. (Sonriendo.) ¿Cómo estás, Absalón?
- ABS. Asqueado de verte conversar con jóvenes afroditos. (Entrega a Góngora el sombrero y el abrigo. Góngora lleva ambas prendas al guardarropa y recoge una ficha. Don Absalón Calvó tiene cincuenta años, gasta una barba cuidadísima y preciosa, bigote y cejas a la borgoñona y una cabellera rizada que es una hermosura. Habla nerviosamente y no cesa de tocarse, acicalarse y arreglarse la barba y el pelo.)
- MARQ. ¡Qué exagerado eres!
- ABS. A mí, los hombres afeitados, ya lo sabes, querido Moratones, me parecen cupidos, amorcillos, «quiriquis», muñecos en una palabra. No lo puedo remediar; veo a un hombre afeitado y digo: ¡puaf! (Escupiendo.) es Cupido; no es un hombre. (Ríe el Marqués.) Tú, te ríes, ¿eh?
- MARQ. ¡Si es que tienes unas rarezas!... ¿Que más

- te da a tí que el vecino de enfrente se pele o se deje la melena?
- ABS. ¿Pero hablas en serio? Tú no eres buen cristiano, Marqués.
- MARQ. ¡Hombre!
- ABS. Mira, todos los animales respetan la obra del Sumo Hacedor.
- MARQ. ¿Todos los animales?
- ABS. Todos; la mujer se deja el pelo, el ave las plumas, el león las guedejas, la tortuga la concha. Sólo el hombre le enmienda la plana, sí; el hombre es el único animal que se afeita y se pela.
- GÓN. (Ofreciéndole la ficha del guardarropa.) Señor...
- ABS. (Tomándola.) ¿Qué número es?
- GÓN. El doscientos pelao.
- ABS. (Devolviéndosela.) Deme otro.
- GÓN. Es que...
- ABS. ¡Deme otra le digo! (Góngora va al guardarropa y habla con Enrique y con Luis.) Créeme, querido Moratones; el hombre con su afeminamiento pretende enmendar la obra de la naturaleza.
- MARQ. Por algo es el rey de la creación.
- ABS. (Nerviosamente.) ¡Qué rey ni qué remolacha!
- GÓN. (Dándole otra ficha.) El doscientos uno.
- ABS. Bien. (Se la guarda.) Si fuera el rey de la creación sería pez en el agua, ave en el aire y salamandra en el fuego, y al hombre el aire le constipa, el agua le ahoga y el fuego le quema. (Nerviosísimo, pretende chupar el cigarro por la parte encendida y se achicharra.) ¡Puaf! ¡Ah! (Escupe.) ¿Estás viendo? (Tira el cigarro.)
- MARQ. ¿Te has hecho daño?
- ABS. ¡Claro!
- MARQ. ¡Si no fueras tan fugilla!
- ABS. Esto me sucede ocho o diez veces al día. Estoy ya acostumbrado. ¿Ha venido mucha gente?
- MARQ. Mucha.
- ABS. Tengo ganas de conocer a esa escritora en cuyo honor das esta fiesta. ¿Cómo dices que se llama?
- MARQ. Doña Encantrudis Acoquecha.
- ABS. No he leído nada de ella.
- MARQ. Ni yo, ni nadie; pero para el caso es igual.
- ABS. ¿Sabes si ha venido mi secretario?
- MARQ. Yo llevo aquí un buen rato aguardando la

- llegada del Ministro de Estado y durante ese tiempo no le he oído anunciar.
- ABS. Preguntaré. (A Góngora.) ¿Ha venido el señor Lacabra?
- GÓN. No, señor.
- ABS. ¿Y los señores Tarazona y Launa?
- GÓN. Tampoco.
- MARQ. ¡Hombre! ¿Tienes algún negocio con ellos?
- ABS. Me vaigo de ellos para mis informaciones particulares. Los banqueros tenemos que saber a veces hasta la vida particular de algunas personas. Ahora les he encomendado una averiguación que me interesa muchísimo. Eso es lo que me tiene nervioso.
- MARQ. Algún socio, quizás...
- ABS. Una socia.
- MARQ. ¡Hola!
- ABS. Mi mujer.
- MARQ. ¿Eh?
- ABS. Mi mujer. que yo creo que me la pega, querido Eusebio.
- MARQ. ¡Bah! Suposiciones tuyas.
- ABS. ¡Ojalá me equivoque, porque la estimo tanto y estoy tan habituado a sus delicadezas!...
- BEN. (Entra por la izquierda y anuncia.) ¡El señor Lacabra! (Vase.)
- ABS. Tarde llega; ¿qué habrá sucedido?...
- LAC. (Entrando.) Buenas noches. (Este Lacabra tiene aspecto de chivo. Gasta barba, bigote y una cabellera rizada que hasta parece que lleva dos cuernecitos cortos.)
- MARQ. Buenas noches, Lacabra.
- ABS. Con tu permiso, Marqués. (Habla con Lacabra.)
- MARQ. No faltaría más. (A Góngora.) Que me avisen la llegada del señor Ministro; dígalo abajo. (Se va el Marqués por la derecha al mismo tiempo que hace mutis Góngora por la izquierda.)
- LAC. Poseo un nuevo indicio, don Absalón.
- ABS. Diga: me devora la impaciencia
- LAC. A poco de salir usted de su casa, subió un joven y en el acto fué recibido por la señora.
- ABS. ¿Qué señas tenía ese joven?
- LAC. Alto, rubio; todo afeitado
- ABS. (Escupiendo nerviosamente.) ¡Puaf! Siga.
- LAC. A los veinte minutos llego un capitán de artillería, moreno, completamente calvo...
- ABS. (Volviendo a escupir.) ¡Puaf!.. ¿Y qué?
- LAC. Que Petra, la doncella, no le dejó pasar.

- ABS. Petra es una mujer fiel.
LAC. Ya había dejado pasar al otro.
ABS. Es verdad, rectifico. Bien, ¿y qué sucedió?
LAC. Que el capitán se puso furioso.
ABS. ¡Ah, canalla!
LAC. Decía a gritos: «Yo respeto al marido porque no tengo más remedio.»
ABS. ¡Hola!
LAC. «Pero a ese otro mequetrefe lo hago virutas.»
ABS. ¡Caramba!
LAC. Petra no hacía más que decirle: «Recuerde usted, capitán, que hoy no le toca. Váyase, por Dios, y no nos comprometa». ¿No cree usted, don Absalón, que todo esto es muy raro?
ABS. Rarísimo. No sé qué pensar. Acaso sea un indicio, pero no quiero partirme de ligero. ¡Las apariencias engañan tantas veces!...
LAC. Sí; tiene usted razón.
ABS. ¿Y qué ocurrió luego?
LAC. No sé, porque tuve necesidad de enseñarme.
ABS. Al Casino, ¿eh? A jugar; porque sé que juega usted.
LAC. (Azorado.) Yo le aseguro a usted, don Absalón...
ABS. No me asegure usted nada, sé que juega usted.
LAC. Según como se mire.
ABS. ¿Eh?
LAC. Que juego, pero no apunto. Es que mi primo Dióscoro, el grupier, está enfermo, y me suplicó que le sustituyera. Yo le dije que tiraría por él en la mesa del bacarrat, pero que en la del monte no, porque iban a empezar a decir los socios: «Mira a Lacabra como tira al monte», y a mí chistecitos, no.
ABS. Todo eso es una historia india. Usted juega, y además gana. Ayer lo decían a voces en el Casino: «La única manera de ganar siempre es hacer una vaca con Lacabra». En fin, usted allá. Si ve usted al señor Launa o al señor Tarazona, me avisa en el acto.
LAC. Perfectamente, don Absalón.
ABS. Me traen noticias que acaso aclaren mis dudas con respecto a mi esposa.
LAC. Muy bien, don Absalón.
ABS. En el salón estoy. (Vase por la derecha)

- LAC. Yo iré al salón, don Absalón. (Viéndole ir.) ¡Que juego! ¿Y cómo no he de jugar, si tengo una suerte que es un asombro? ¿Si cojo un duro y le doy una de golpes que lo abollo? ¿Quién salta cinco veces seguidas como yo? Como que en cuanto llego al Casino, se corre la voz entre los socios y suben todos diciendo: «Vamos a ver cuántas veces salta hoy Lacabra». (Quitándose el abrigo.) Lo que le pasa a don Absalón es que está que embiste por causa de lo de su mujer y lo quiere pagar conmigo. Pues eso, no; que la pague con quien se la pega. (Palmoteando y gritando.) ¡Casa! (Conteniéndose.) ¡Caramba! Creí que estaba en el Casino.
- LUIS (saliendo del guardarropa.) ¿Deseaba usted algo?
- LAC. Dejar el abrigo...
- LUIS Deme usted (Recoge el abrigo y el sombrero.)
- LAC. Muchas gracias.
- LUIS (Dándole una ficha.) Tome, señor.
- LAC. Está muy bien. (Haciendo mutis por la derecha.) (Vamos a ver lo que conquistamos.) (vase.)
- LUIS (A media voz, y despues de cerciorarse de que no hay nadie por allí.) Enrique...
- ENR. (saliendo.) ¿Qué?
- LUIS Ahora no hay nadie. ¿Dices que el bargueño está en el despacho, entrando a la derecha?
- ENR. Sí.
- LUIS Pues voy (se dirige hacia el foro derecha.)
- ENR. (Temeroso.) Yo creo, Luis...
- LUIS (Deteniéndose.) ¿Qué?
- ENR. Que debes aguardar a que esté aquí el Ministro de Estado. El Marqués, esperándole, no cesa de venir al «hall», y si nota tu ausencia, o te ve salir de donde no debes...
- LUIS Tienes razón.
- ENR. Cuidado, ahí viene. (Luis se mete en el guardarropa.)
- MARQ. (Por la derecha.) Oiga, Enrique.
- ENR. Señor Marqués.
- MARQ. Venga conmigo; el señor Lavaña desea interrogarle. ¿Queda atendido el guardarropa?
- ENR. Sí, señor Marqués; esta Pedro.
- MARQ. Perfectamente Vamos. (Hacen mutis por la derecha el Marqués y Enrique.)
- LUIS Decía bien Enrique. Ahora hubiera sido una verdadera imprudencia. (Toma el abrigo y el sombrero de Lacabra, que aún estaban sobre la

mesa, y se interna en el guardarropa. Por la izquierda entran en escena IRENO, ORDOÑO y GÓNGORA. Vienen de frac.)

IRENO ¡Chis!.. (Se cerciora de que no hay nadie.) No hay nadie.

ORD. ¡Maldita sea la mayonesa! ¿Pero qué es lo que ha dicho ese Lavaña?

GÓN. ¡Una pochez! Que el robo del retrato ha sido cosa de ustedes.

IRENO ¡Atiza!

GÓN Y que antes de seis horas tendría el honor de devolver el retratito al señor Marqués.

IRENO ¿Estás viendo, Ordoño? Has metido la pata hasta empaparla.

ORD. ¡Bah!

IRENO Y has hecho dos tontadas: la una robar la miniatura y la otra traerla encima. ¿Por qué no la has dejado en el buró?

ORD. Porque si la dejo en el buró, a estas horas estaba ya en poder de Lavaña, y entonces sí que estaba tó perdido.

IRENO ¿Qué dices?

ORD. Pues digo que a mi esta tarde me han andao en el buró, y que a nuestro lao tenemos un canallita que nos traiciona. No sé si el traidor sera Moreno o será Rubio, porque tanto el uno como el otro son dos sinvergüenzas, pero que uno de los dos está aconchavao con Lavaña, eso es ancianísimo.

IRENO Pues si ahora Lavaña te prepara una encestona y te cachea, nos hemos caído.

ORD. Pierde cuidado, porque este medallón no lo conservo yo en mi poder ni cinco minutos. (A Góngora.) Guardámelo tú.

GÓN. De ningunísima manera, don Ordoño. A mí, compromisos no, que tengo nueve de familia.

ORD. Bueno; yo buscaré donde ocultarlo. No soy de los que se ahogan en una taza.

IRENO (Al ver a BENITO que entra por la izquierda.) Cuidado.

BEN. (Anunciando.) ¡Señores de Laguardia!

ORD. ¡Hombre!

IRENO ¿Pero aún no habían venido?

(Por la izquierda entran en escena AQUILES, ROMANA, MAGENCIA y HUGOLINA. Esta última viste con elegante sencillez. Romana y Magencia se adornan con anchos lazos.)

- LUIS (Que al oír el nombre de Laguardia se ha asomado, al ver entrar a Aquiles se oculta diciendo.) ¡Ellos! ¡Y yo aquí sólo!... ¡Qué compromiso!...
- MAG. (A Benito.) Anúncieme a mí también.
- BEN. La señora dirá. .
- MAG. Señora de Launa.
- BEN. (Anunciando.) ¡Señora de Launa!
- MAG. Gracias.
- BEN. De nada. (Se va por la izquierda.)
- IRENO Lo que te gusta que te canten, Magencia. Si fueras número de la lotería salías en todos los sorteos.
- MAG. Guarda tus burdos símiles para ocasión más propiciatoria.
- ORD. ¿Y cómo han venido ustedes tan tarde?
- ROM. Las dichosas toaletas, amigo Tarazona; a última hora surge siempre la necesidad de algún arreglo o de algún prendido. .
- IRENO Así vienen ustedes, que las ve Paquin y le da un síncope.
- ROM. Eso lo dirá usted por Magencia que trae sedas y tules a granel, pero nosotras, un poco de buen gusto, otro poco de limpie dumbre, y pare usted de contar.
- ORD. (A Hugolina.) Está usted de bonita que congestiona el cráneo.
- HUG. ¡Qué atrocidad, Ordoño!
- ORD. No rebajo ni una décima.
- HUG. Muchas gracias.
- ORD. ¡Ay! ¡Cuándo querrá el cielo que me pida usted algún favor!
- HUG. Ahora mismo. Dígale usted a mi padre que el bigote que trae le sienta admirablemente. El pobre viene preocupadísimo.
- ORD. Ni una palabra más. (A Aquiles.) Trae usted un bigote, amigo Laguardia, que le cae muy bien.
- AQUILES Sí, señor; ya se me ha caído dos veces.
- ORD. Digo que le sienta a las mil maravillas.
- AQUILES Como que es análogo al que me afeité esta mañana... Ahora que este condenado parece enteramente de guindilla.
- IRENO ¿De guindilla? ¿De cuándo acá han usado los guardias un mostacho tan sedoso?
- AQUILES Digo de guindilla en el sentido del picor, porque tengo el labio con una picazón y con una tirantez, que únicamente me consuelo haciendo así... (Hace una horrible mueca de risa.)

- MAG. (Que ha estado inspeccionando el hall.) La casa es de una suntuosidad que boqui asombra.
- ROM. ¡Oh! Y el acceso a ella es regio.
- MAG. Sí, la escalera columnosa es un ensueño.
- ROM. Y ese salón que se columbra es una idealidad.
- IRENO Pasemos.
- AQUILES Habrá que dejar aquí los abrigos, ¿no?
- ORD. Claro. Deme usted el suyo
- AQUILES (Dándoselo.) Tome usted.
- GÓN. Señor... (Se le acerca.)
- ORD. (Metiendo el retrato de la Princesa en uno de los bolsillos del gabán de Aquiles) (De este santo no va a sospechar nadie.) (Dando el gabán a Góngora.) Tome y déle su número al señor. (Góngora lleva el gabán de Aquiles al guardarropa.) (Luego al salir se lo quito disimuladamente y en paz.)
- IRENO (Acercándose al guardarropa y poniendo su gabán sobre la mesa.) Número.
- ORD. (Haciendo lo mismo.) Ahí va.
- LUIS (Procurando ser poco visto.) Perdonen, pero es que estoy solo... (Góngora da una ficha del guardarropa a Aquiles.)
- AQUILES Muchas gracias.
- HUG. (Que se ha quitado su abrigo. A Magencia.) Deme, señora, los pondré juntos.
- MAG. Gracias, Hugolina. (Le da su abrigo.)
- HUG. (A Romana.) ¿Me da usted el suyo?
- ROM. (A media voz.) ¡Imprudente! ¿No sabes que el traje no me abrocha por detrás.
- HUG. No me acordaba. (Se acerca al guardarropa y al ver que no hay nadie, llama con los nudillos en la mesa.)
- LUIS (Asomándose temeroso.) ¡Válgame Dios!
- HUG. (De una pieza.) ¡Ay!... ¿Eh?... ¡No!... ¡¡Sí!... ¡No!...
- LUIS (Duda). (Arregla los abrigos.)
- HUG. (¡Qué cosa tan extraña! Porque... sí: es él. Es su cara y son sus ojos ¿Pero cuándo se ha afeitado?... ¿Y cómo está aquí?... Necesito oírle hablar para cerciorarme.) (Llamándole.) Oiga... ¿Me da la contraseña?... (Luis le da una ficha.) Muchas gracias. Diga: los salones están por allí, ¿no? (Luis la indica por señas que sí.) ¿Por allí? (Nuevas señas de Luis.) ¿Ha venido mucha gente? (Luis le indica por señas que regular.) ¿Quiere usted decirme la hora que es? (Luis le en-

seña su reloj.) Has caído en la red: el reloj es el tuyo..

- LUIS ¡No me pierdas! (Se mete en el guardarropa.)
 HUG. (perpeja.) ¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¿Qué misterio es el suyo?) (se une a los demás y ya durante el transcurso de las escenas esta más pendiente de Luis que de ninguna otra cosa.)
- ROM. Por Dios, Aquiles, a ver cómo te portas al conversar con don Absalón.
- AQUILES Descuida, seré el arquetipo del respeto y de la mesura. (Hace una nueva mueca como antes)
- ROM. Al contrario: esos hombres dinerosos y acaudalados gustan del chacharismo y del epigramatismo. De manera que procura ser con él ameno y larguilocuo y no temas incurrir en el dítirambo cuando elogies.
- HUG. (¡Jesús qué señora!)
 AQUILES Seguiré tu consejo.
 MAG. Sí, amigo mío. Nada de desmayos ni de deliquios.
- AQUILES (Limpiándose la cara.) (Esta señora cuando habla esculpe y esculpe)
- IRENO Lo malo es que don Absalón va a estar esta noche para muy poquitas cuchulietas. Tenemos que darle una mala noticia.
- TODOS ¿Eh?
- IRENO Su mujer le engaña con dos.
 AQUILES (Estremeciéndose y apartándose.) ¡Calle, calle por Dios! ¡Qué espanto! (Hugolina acude a él.)
- ORD. ¡Caray! ¿Qué l'ha dao?
- ROM. Silencio: delante de Aquiles no se puede hablar de traiciones conyugalescas.
- IRENO ¿Y eso?
- ROM. Parece ser que su primera esposa...
 ORD. ¡Yal
- ROM. Aún sueña con vengarse, no le digo más. Por fortuna desconoce el nombre del traidor.
- IRENO (En voz baja a Romana.) Pues el que nace con ese horóscopo...
- ROM. (Separándose de él) ¡Enmudezca!
- ORD. (Mirando hacia la derecha.) ¡Hombre!... Allí viene don Absalón.
- IRENO ¿Viene solo? (Todos miran.)
 ORD. Viene con Lacabra.
 MAG. ¡Qué raro! ¡Venir con animales a un sarao!
 ROM. No veo al rumiante.
 IRENO No; si Lacabra es su secretario particular. (Llamando hacia la derecha.) ¡Pchs!... Aquí está ya.

- AQUILES (¡Dios mío sujétame el bigote!)
- ABS. (Por la derecha.) ¡Amigo Ireño!... ¡Hola, Tarazonal...
- ORD. Se le saluda.
- ABS. (A los demás.) Buenas noches. (Todos le contestan muy reverenciosos.)
- IRENO (Presentando.) Mi esposa... Los señores de La guardia...
- ORD. (Por Aquiles.) Este es mi recomendado.
- ABS. Tanto gusto...
- AQUILES (Un poco azarado.) No le choque a usted el verme pelado; es que... la... lo... Pol... mejor dicho, por... Bueno, quel... digo, que...
- ROM. ¡Jesús! (A Absalón.) Ese delengüeo no quiere decir que él sea tartajoso. Lo que le ocurre es que tiene siempre pelos en la lengua.
- ABS. (A Aquiles) Le felicito. (A Ireño y Orduño.) Bueno, han averiguado ustedes...
- ORD. Todo.
- IRENO Con el permiso de ustedes. (Forman grupo aparte Ireño, Orduño y Absalón.)
- AQUILES Me azoré, Romana.
- ROM. ¡Eres de una pacatez y de una nimiedad!...
- AQUILES Es que se me estaba cayendo el bigote.
- ROM. No, Aquiles, no: es que te agallinas, más aún, te apolluelas y así no es posible ir a parte alguna ¿Verdad, Magencia?
- MAG. Claro.
- ABS. (En su grupo.) Basta de exordios, querido Lau-na. Hableme con absoluta claridad
- IRENO Sea. ¿Es usted hombre de pelo en pecho?
- ABS. Mi esternón es una maraña.
- IRENO Pues bien; sin rodeos: su esposa no le es fiel.
- ABS. Me lo figuraba.
- IRENO Le engaña con dos.
- ABS. ¡Ansiosa!
- IRENO Los detalles van escritos en este papel. (Le da un pliego.)
- ORD. ¡La perra vida, amigo Calvó! Las hay de abrigo.
- ABS. Bueno, pero ella ignora mis sospechas, ¿verdad?
- IRENO ¿Cómo?
- ABS. Que ella cree que yo no sé nada...
- ORD. Ella le cree completamente inópico.
- ABS. (Muy digno.) Entonces... no quiero saber detalles. (Rompe el sobre.)
- ORD. ¿Eh? (¡Me aterra su tranquilidad!)

- IRENO (¡Caray!) Amigo Absalón...
 ABS. Sé lo que debo hacer. ¡Sil
 ORD. ¿Va usted a .. matarla?
 ABS. No; me gusta demasiado y... ¡Ay! la quiero demasiado también.
- IRENO Entonces ..
 ABS. Mi sistema es otro. Ustedes no me han dicho nada; yo no sé nada. (Ireno y Ordoño le miran asombrados.) He vivido mucho y soy práctico. Me guía mi experiencia de banquero. Prefiero la tercera parte en un buen negocio que el todo en un negocio de ruina. (Muy solemne.) De este asunto, señores, no hemos de volver a hablar nunca.
- IRENO (Con fingida admiración,) ¡Qué talento de hombre, Ordoño!
 ORD. (Idem.) ¡Qué cabeza, Ireno!
 ABS. (Conmovido) Gracias; muchísimas gracias.
 MARQ. (Por la derecha con DOÑA ENCANTRUDIS ACOQUECHA y TRIGIDIA ORODIA Las dos son el prototipo de la extravagancia. Encantrudis trae también sendos y anchos lazos.) El Ministro no puede tardar. Acaban de decirme por teléfono que ha salido de su casa con dirección a esta.
- IRENO Querido Marqués .. (Le saluda.)
 (Aquiles se separa a un extremo de la escena y queda sujetándose el bigote y humedeciéndose o disimuladamente con la lengua.)
- MARQ. (Presentando a Ireno.) Doña Encantrudis Acoquecha, eximia escritora de Nicaragua; la ilustre poetisa española Trigidia Orodia...
- IRENO Me prosterno honradísimo. . Permitame que les presente a mi esposa y a esta otra familia... (Queda presentando a Romana, Magencia, Hugolina y Ordoño.)
- ABS. (Me dan cien patadas las literatas. Esta Acoquecha es de una cursilería que da fiebre... y tiene dos hijas que también hay que verlas.) (Se dirige a donde está Aquiles.)
- AQUILES (Apuadísimo.) ¡Dios mío, que me va a hablar!
 ABS. (A Aquiles.) Veo que a usted le tienen sin cuidado las escritoras. (Aquiles le hace una mueca de las suyas.) Sí, como que es para reírse. A mí me parecen las dos más cursis que comer churros con tenedor. (Nueva mueca de Aquiles.) De manera que usted desea una plaza de contable en mi sucursal de Bilbao ¿eh?

- AQUILES** (Echando muy atrás la cabeza y hablando con gran cuidado.) Sí, señor, y le prometo desempeñar el cargo con la fidelidad de un perro terranova, que es el perro que más me deleita por su pelo abundante y rizado.
- ABS.** No hay que olvidar a los perros de lana, que son mis favoritos.
- AQUILES** Es verdad; no había caído. Sin embargo, como suelen afeitarles medio cuerpo...
- ABS.** (Escupiendo.) ¡Puaf! Calle usted, por Dios (Estremeciéndose.) No me diga cosas desagradables. ¡Qué inoportuno recuerdo!...
- AQUILES** Usted me perdone. ¡Válgame Dios!
- ABS.** ¿Usted tiene buen carácter?
- AQUILES** (¿Qué le diría yo que le gustara?) Soy dulce como una peladilla.
- ABS.** (Asqueadísimo.) Puaf!...
- AQUILES** (¡No doy una!)
- ABS.** No me dice usted más que cosas desagradables.
- AQUILES** (Sujetándose el bigote.) (¡Madre mía, sácame de este purgatorio!... ¿Qué le diría yo a este hombre que le fuera grato?)
- ABS.** ¿Cómo anda usted de letra?
- AQUILES** ¡Oh! Es mi especialidad; tengo una letra inglesa que, no le exagero, carta que yo escriba para Inglaterra no necesita ni fianqueo. Y de clara no hablemos. Cuando la pluma tiene algún pelo me resulta algo más confusa, pero me aguanto; yo no soy capaz de quitarle un pelo ni a la pluma. Soy de lo más pelófilo.
- ABS.** Bien, bien; pues le colocaré.
- AQUILES** ¿Puedo darlo por hecho?
- ABS.** Sí, señor.
- AQUILES** ¡Muchísimas gracias, señor Calvo! (Se sujeta el bigote.)
- ABS.** (Indignado) ¡¡Ó!!
- AQUILES** (Asustado.) ¿hh?
- ABS.** (Como antes.) ¡ Ó!!
- AQUILES** (¡Ha notado que es postizo y se asombra!)
- ABS.** Yo no soy Calvo, ¿lo oye usted bien? Soy Calvo... ¡¡Calvo!! ¡Acaba usted de dejarse cesante! ¡Calvo! (Escupe.) ¡Puaf!
- AQUILES** (Santamente) ¡Válgame Dios!
- MARQ.** (Acercándose a ellos) Estoy de señoras cursis hasta las cejas. Porque la americana es de abrigo; pero esa doña Romana que acaban

de presentarme... (Rie. Absalón le tira de la banda haciéndole señas.) Esa es más cursi que unas alpargatas bordadas. (Vuelve a reir.) Nos decía ahora..

ABS. (Por Aquiles; aparte al Marqués.) ¡Qué ese es el marido!

MARQ. (Rompiendo a sudar.) ¡Jesús! (No sabe lo que hacer.)
AQUILES (Apurado.) ¡Pobrecillo! ¡Qué mal rato está pasando! Aun hay personas buenas en el mundo.)

MARQ. (A Absalón.) ¡Háblame de algo, por Dios!

ABS. (Al Marqués.) Escucha, ¿qué banda es esta que llevas?

MARQ. La de... la banda de Villa..

ABS. ¿La Municipal?

MARQ. La banda de Villaviciocilla.

ABS. ¡Ah!

MARQ. Esta banda me la dieron por carambola, porque... Bueno, acompáñame que... creo que ha llegado el Ministro... (A Aquiles.) Con su permiso... (Haciendo mutis con Absalón por la izquierda.) ¡Qué plancha, Absalón! ¿Pero cómo no me avisaste?...

ABS. Pero hombre, si por eso te estaba tocando la banda por detrás..

MARQ. ¡Qué banda! Yo no he oído nada... (Mutis.)

AQUILES Soy el rigor de los infortunios. Yo he metido muchas veces la pata, pero esta noche la he metido a tuerca. Perder la felicidad por un acento! A ver si Tarazona me lo arregla. (Llamándole.) ¡Ordoño!... Amigo Ordoño... Hágame la merced...

ORD. ¿Qué pasa? (Hablan aparte.)

ENC. (En su grupo, con marcado acento americano y con muchísima "gibias", porque es una señora que se la trae.) Sí, mis amigas; mis padres eran nicaragüenses: él de Palcapeche, y ella de Masayá.

IRENO ¿De más al interior?

ENC. No, mi amigo. ¡Qué candorada! No me atepereite.

IRENO ¿Cómo?

ENC. Que no me aturrulle. Masayá es el nombre de una linda población que se llama así, Masayá o la ciudad de las flores.

MAG. (Casi en un grito de entusiasmo.) ¡Oh, América!... ¡Qué divina nomenclatura! ¡La ciudad de las flores!... ¡No hay más allá!

- ENC. Ya lo dijo. Mi abuelito, en cambio, no era nicaraguateco sino de Pamplona.
- IRENO Resulta, entonces, que es usted una americana cruzada.
- ENC. Ya lo dijo; ese es el vocablo.
- HUG. Nicaragua debe ser precioso, ¿verdad?
- ENC. Un vergel, linda niña.
- ROM. No sé por qué me figuro que Nicaragua debe ser algo húmeda.
- ENC. Nicaragua, señoras mías, es un paraíso. Yo que soy naturófila, me extasio, me arrobo, me embebo, me embeleso, me enajeno.
- HUG. (Esta las achica.)
- ENC. Me paso los días en el campo sin temor a los mosquitos lanceteros, estudiando en el libro de la Naturaleza, porque la fronda me aherroja y encadena y me lapidifican sus ubérrimas exhuberancias.
- ROM. (Encantada) ¡Oh! ¡Como habla!
- MAG. (Idem. ¡Dios mío!
- TRIG. (Idem.) ¡Qué lexicóloga!
- ENC. Cuando en el cielo astrífero, los lindos luceros escriben su himno titilante... me emocio. Cuando la luna escribe en el lago sus bellas estrofas opalinas, me conmuevo y me corrugo, y cuando miro al sol se me saltan las lágrimas.
- IRENO (Anda, y a mí también.)
- ROM. ¡Oh! Me deleita el escucharla, señora de Acoquecha; magnífica usted cuanto dice. ¡Qué copiosismo de imágenes!... Y luego, es usted tan dulcelocua...
- HUG. (¡Jesús!)
- TRIG. Sí; dulzora las cosas. Charlando eleva, y escribiendo, ¡oh! escribiendo es de una suntuosidad verdaderamente majestosa.
- ENC. ¡No me deshilvanen!
- TRIG. A mí me adementa.
- MAG. Algún día veremos su noble frente aureoleada.
- BEN. (Por la izquierda, anunciando.) ¡El señor Ministro de Estado!
- ENC. ¡Oh!
- IRENO ¡Vaya un Ministro! Este es el que dijo el otro día que el Capitán Grant se llamaba Gonzalo de Córdoba.)
- (Por la izquierda entran en escena el MARQUES, ABSALON y CORBINIANO. Corbiniano que trae una tirilla descomunal, es un besugo de cincuenta años.)

- MARQ. (Presentando.) Señora, don Corbiniano Gascón y Dalila, Ministro de Estado. Doña Encantrudis Acoquecha, gloria nicaragüesca, que nos honra con su visita.
- ENC. (Alargándole la mano.) Mi gusto es inmenso, señor.
- CORB. El mío, señora, es infinito. (Se mete un dedo por la tirilla porque le molesta.) Nicaragua y España son dos naciones; sí, dos naciones amigas, y estas visitas de personas ilustres, que por ser ilustres descuellan... (Vuelve a meterse los dedos por la tirilla.) y descuellan por ser ilustres, sirven para estrechar los lazos; sí, hay que estrecharlos.
- ENC. Le escucho conmovida, porque siempre he sido partidaria de los lazos estrechos.
- IRENO (Nadie lo diría.)
- CORB. (Ofreciéndole el brazo.) Señora...
- ENC. (Aceptándolo.) Honorificadísima. (Suena la orquesta.)
- CORB. ¿Fox-trea usted?
- ENC. La danza es mi deleite. ¿Usted baila también?
- CORB. ¿Qué Ministro no baila? Si le parece a usted danzaremos.
- ENC. Ya lo dijo. (Se van por la derecha.)
- ABS. (Haciendo mutis tras ellos.) ¡Este Corbiniano es de lo más besugo que se ha visto! (Mutis.)
- MAG. (Que ha ofrecido el brazo a Trigidia.) ¿Me han dicho, Trigidia, que ha escrito usted una obra de teatro?
- TRIG. Sí: una tragedia en octosílabos. «La culpa fué de Chopin».
- MAG. ¿Cómo ha sido eso?
- TRIG. Digo que ese es el título. La va a estrenar en Burgos la Compañía Atenea. Es una obra de mucha savia y de mucha carne.
- MAG. Y la destina usted a los burgaleses. (Mutis.)
- ROM. (Que habla con Aquiles y los demás.) Ya ves tu erranza lo que te ha costado. Eres de un candor columbino, Aquiles.
- ORD. Yo lo arreglaré, doña Romana.
- ROM. Así sea. ¿Vamos?
- MAG. Sí. Sirvenos de ductor, Ireno; porque esta casa es para nosotras un laberinto d-dalico.
- ROM. Ya lo dijo... ¡Jesús! Se me ha pegado la nicaragüería. (Mutis con Ireno, Ordoño y Magencia)

- HUG. (Es preciso que yo hable con él. Necesito una explicación.) (Mutis.)
- AQUILES Voy a ver si me pego mejor el bigote. Aprovecharé ahora que no hay nadie. (Saca un tarrito y se dispone a abrirlo.)
- ENR. (Por la derecha.) Gracias a Dios; creí que no me soltaba nunca. (Al ver a Aquiles) ¿Eh?
- AQUILES (Retirándose hacia el foro.) (Caramba: ya hay testigos.)
- ENR. (¿Qué es eso?)
- AQUILES (Me colaré por aquí, que está a oscuras.) (Se va por el foro derecha.)
- ENR. ¿Eh? ¿Va al despacho?... ¡Sí! (Llamándole.) ¡Caballero! .. ¡Caballero!..
- AQUILES (Entrando de nuevo y sujetándose disimuladamente el bigote) ¿Es a mí?
- ENR. Los salones están por este lado.
- AQUILES Muchas gracias. Distraído...
- ENR. Sí, sí...
- AQUILES (Haciendo mutis por la derecha.) Me ocultaré detrás de un portier y me lo afianzará. (Vase.)
- ENR. No se me borraré su cara. Debo prevenir a Luis. (Llamándole.) Luis...
- LUIS (Saliendo del guardarropa) ¡Por fin!... ¡Qué espanto, amigo Enrique! Mi novia está aquí y me ha reconocido.
- ENR. Algo más importante tengo yo que decirte; acabo de sorprender a un caballero que, sigilosamente se dirigía hacia el despacho.
- LUIS ¿Qué dices, Enrique?
- ENR. Date prisa si no quieres que alguien te coja la vez.
- LUIS Sí; este es el momento; vigila tú: observa. (Se dirige hacia el foro)
- HUG. (En la puerta de la derecha, segundo término.) ¡Luis!
- LUIS (Deteniéndose abrumado.) ¡Ella!
- HUG. Necesito que hablemos.
- LUIS Sea. (A Enrique.) Déjanos: te lo suplico. (Enrique entra en el guardarropa.)
- HUG. ¿Qué es esto, Luis?
- LUIS No me preguntes, Hugolina; respeta mi silencio, y si me quieres, como aseguras, déjame ahora, te lo ruego.
- HUG. ¿Pero tú aquí y de esta manera?
- LUIS ¡Calla! Baja la voz. ¡No me pierdas!
- HUG. ¿Eh? Me asustas.
- LUIS Vete, Hugolina, vete.

- HUG. No; ahora menos que nunca. Yo necesito una explicación...
- LUIS ¡Imposible! Aún no puedo revelarte el secreto de mi vida.
- HUG. ¿Pero tu estancia aquí?...
- LUIS Está íntimamente relacionada con él.
- HUG. ¿Qué misterio es el tuyo, Luis?
- LUIS Mañana lo sabrás; te lo juro. Mañana... ¡si vivo!
- HUG. ¡Dios mío!
- LUIS Déjame, déjame ahora, por Dios. El hablar conmigo podía comprometerte. Vete.
- HUG. Sí... Adiós.
- LUIS Adiós.
- HUG. (Haciendo mutis, preocupadísima.) (¿Qué será esto, Virgen Santísima?) (Vase.)
- LUIS ¡Por fin! (Acercándose a la puerta del guardarropa.) Enrique...
- ENR. (Saliendo.) ¿Qué?
- LUIS ¡Cuidado!
- ENR. ¿Vas?
- LUIS Sí.
- ENR. Dios te acompañe. (Luis hace mutis por el foro derecha, guardando todo género de precauciones.)
- LAC. (Con Absalón, por la derecha.) Ha insultado usted gravemente a ese pobre hombre, don Absalón.
- ABS. ¿Pero no ha visto usted que se metió detrás del portier para oír lo que hablábamos?
- LAC. Puede que fuera casualidad.
- ABS. Además, hace un rato me ofendió él a mí gravemente aquí mismo: me llamó Calvo. ¡Puaf! (Escupe.)
- LAC. Lo que le ocurre a usted es que está ligeramente contrariado por las noticias que le han dado de su esposa.
- ABS. Tiene usted razón. ¡Dos amigos, Lacabra! ¡¡Dos!!
- LAC. Las hay acaparantes.
- ABS. Bueno, pero les voy a dar cada susto...
- LAC. ¡Hola!
- ABS. Mi venganza va a ser tremenda. Antes de dos meses, todos cardíacos.
- LAC. ¿Y eso?...
- ABS. Verá usted lo que se me ha ocurrido.
- LAC. A ver, a ver...
- ABS. Usted se va ahora mismo a mi casa y llama como tengo yo costumbre de llamar: cuatro

- golpes de timbre. ¿Eh? ¿Va usted comprendiendo? .
- LAC. Sí, señor. ¡Menudo sobresalto! Porque, claro, ellos creerán que es usted...
- ABS. Ahí está el toque.
- LAC. ¡La gran ocurrencia!
- ABS. Pues esa bromita la vamos a repetir todas las noches. Ande, vaya ahora mismo.
- LAC. Sí, señor. (Se acerca al guardarropa y recoge su abrigo.)
- ABS. (Claro, éste llama, el otro huye... Al cabo de una hora llego yo y todo está en calma. Hay que tener ingenio, porque, caramba, es muy desagradable el llegar y... ¡Oh! ¡Muy desagradable!) (Se va por la derecha.)
- LAC. (Poniéndose el abrigo.) (Yo que pensaba haber ido ahora a darle cuatro golpes a un duro... En fin, quien manda, manda. Le daré los cuatro golpes al timbre.) Buenas noches. (Vase por la izquierda.)
- ENR. Buenas noches, señor Lacabra. (Saliendo del guardarropa.) Me parece que Luis tarda demasiado. (Suena dentro el ruido de un mueble que se cae y se rompe.) ¿Eh? ¿Parece que luchan?... (Suena dentro un disparo.) ¡Dios mío!...
- LUIS (Por el foro derecha, muy descompuesto, con un revólver en una mano y varios papeles en la otra.) ¡Ah! He podido más que él.
- ENR. ¿Pero?... (Cesa de tocar la orquesta.)
- LUIS Había allí un hombre. Cuando entré estaba dormido, pero luego despertó y...
- ENR. ¡Luis!
- LUIS No sé si le he matado. ¡Ah! Pero los documentos están ya en mi poder.
- ENR. ¡Ocúltate; esconde esos papeles!
- LUIS Sí: sé dónde estarán seguros. (Entra en el guardarropa.)
- ENR. ¡Pronto! El baile ha cesado de repente. Han debido oír el disparo. (Viendo a PADIOLA, que entra en escena por el foro derecha, tambaleándose.) ¿Quién? ¿Qué le ocurre? (Acude a él y le sujeta.)
- PAD. Nada; no es nada.
- ENR. (Llamando.) ¡Pedro!... ¡Pedro!...
- LUIS (Saliendo.) ¿Qué sucede, Enrique?
- ENR. Ayúdame.
- LUIS (Acudiendo a Padiola.) ¡Cómo! ¿Acaso esa detonación?

- PAD. Sí, pero no estoy herido: un poco atontado de los golpes; hemos luchado y...
- MARQ. (Por la derecha, con LAVASA, ABSALON, IRENO y ORDOÑO.) No: el disparo ha sonado muy cerca... ¿Qué es eso?
- LAV. ¡Padiola!!
- PAD. Por fortuna he resultado ileso, señor comisario, pero el bandido era más fuerte que yo y los documentos han sido robados.
- MARQ. (Más alegre que triste.) ¡Ah! Pero, ¿quién? ¿Quién es el ladrón? ¿Lo ha visto usted?
- PAD. No he podido distinguir sus facciones: el despacho estaba demasiado oscuro.
- MARQ. ¡Por vida!
- LAV. ¿Pero algún detalle?
- PAD. El ladrón vestía de frac y estaba completamente afeitado. Es cuanto puedo decir.
- ABS. ¡Afeitado! ¡Puaf!... Ladrón tenía que ser.
- MARQ. Absalón: tranquiliza a los invitados comunicándolos estos detalles.
- ABS. Ahora mismo. (Se va por la derecha.)
- LAV. (A Enrique y Luis.) ¿Vosotros nada habéis visto?
- ENR. Yo, al oír el disparo, me asomé y vi que un caballero entraba en el salón precipitadamente.
- MARQ. ¡Ah!
- LAV. ¿No le vió usted la cara?
- ENR. No, señor.
- MARQ. ¿Y qué aspecto tenía?
- ENR. Parecía un señor de edad, mas bien bajo que alto.
- MARQ. (Nerviosísimo.) ¡Lavaña!... ¡Amigo Lavaña!... ¿Debe ser él y está en el salón!
- LAV. Calma, calma, querido Marqués. Sepamos si alguien ha salido de la casa en este momento. (Hace sonar un timbre.)
- MARQ. (Mirando a la altura.) ¡Dios mío! ¡Que yo pueda cumplir la voluntad de la muerta!...
- GÓN. (Por la izquierda.) ¿Señor?
- LAV. ¿Ha salido alguien de la casa hace un instante?
- GÓN. Nadie, señor. La única persona que ha salido, no en este momento, sino hace un rato, ha sido el señor don Concordio Lacabra.
- MARQ. ¿Está en el salón, Lavaña!... ¡Está en el salón!... ¡Oh! ¡Tan cerca de mí y yo sin conocerle!...

- LAV. De nuevo le suplico que se calme, señor Marqués. Padiola, esa puerta es nuestro sitio.
- IRENO (Aparte a Ordoño.) ¿Qué opinas de esto, Ordoño?
- ORD. Que estaba yo en la higuera, Ireneo. El Príncipe de Cretoni existe y ese ha sido el ladrón.
- IRENO ¿Crees tú?
- ORD. Tenlo por seguro.
- ENR. (Aparte a Luis.) Temo por ti.
- LUIS Tranquilízate.
- ENC. (Por la derecha, viene alteradísima, nerviosísima.) ¡Ay! ¡Mis hijitas!.. ¿Dónde están mis hijitas? (Llamando.) ¡Conсорcia!... ¡Dolenda!...
- ABS. (Que ha entrado tras ella.) Le repito, señora, que no ha ocurrido nada.
- MARQ. Nada; un disparo al aire... Tranquilícese.
- ENC. No puedo; a mí un disparo me disturba, me conturba y me perturba. ¡Mis hijitas!
- IRENO Aquí llegan con Trilidia Orodia. (Por la derecha entran en escena TRIGIDIA, CONSORCIA y DOLENDIA. Las dos últimas son dos niñas cursis y empalagosas.)
- CONS. (Nerviosa y con muchísima guasa.) ¡Mamacha!...
- DOL. (Idem.) ¡Mamachita!...
- ENC. (Abrazándolas.) ¡Mis hijitas!...
- CONS. ¡Eh! lo mejor de la danza un tiritito!
- DOL. ¿Qué susto!
- CONS. ¡Yo tiritito!
- ENC. ¡Mis hijitas! (Nuevo abrazo.)
- MARQ. (Mirando hacia la derecha.) ¿Eh? ¿Quién solloza?
- IRENO Es Hugolina.
- ORD. ¡Hugolina!
- LUIS (¡Dios mío! ¿Habrá comprendido?..)
- (Entran en escena por la derecha seguidos de AQUILES, ROMANA, MAGENCIA y HUGOLINA. Esta viene sollozando y nerviosísima.)
- RCM Vamos, vamos, Hugolina; no es para tanto.
- AQUILES Déjala que llore, eso la desahogará.
- IRENO Pero, muchacha...
- MARQ. ¿Qué le ha sucedido?
- ROM. Nada, que se ha asustado
- MAG. Es muy congojosa..
- RCM. Sí; se compunge con gran facilidad, y como no es cosa de llevar su compunción a los demás circunstantes, nos vamos. Aquiles, los abrigos.

- AQUILES (Que los esta recogiendo de manos de Enrique.) Ya estoy en ello.
- ENR. (Por Aquiles.) (Este hombre...)
- HUG. Vámonos, vámonos pronto.
- ROM. Sí; ahora mismo.
- AQUILES (Repartiendo abrigos.) Tome usted, Magencia. Toma, Romana; éste es el de la niña. ¿Este es el mío? Sí.
- GÓN. (Acudiendo en su ayuda) Permítame.
- AQUILES Se lo agradezco muchísimo. (Góngora le pone el abrigo, pero a un mal movimiento se le despega a Aquiles parte del bigote y se le queda colgando.)
- LAV. (Que lo nota.) (¿Eh? ¿Un hombre con bigote postizo?...)
- AQUILES Muy buenas noches.
- LAV. Un momento, caballero.
- AQUILES ¿Es a mí?
- LAV. (Acabandole de arrancar el bigote.) ¿Quiere usted explicarme la causa de esta superchería? (Asombro general.)
- ABS. (Asqueado, escupiendo.) ¡Puaf!...
- IRENO (¡Atiza)
- HUG. (¡Dios mío!)
- ROM. (¡Le mataba!)
- LUIS (¿Qué significa esto?)
- MARQ. (Nerviosísimo.) (¡Dios del cielo! ¿Será?...)
- AQUILES (¿Cómo cuento yo aquí lo del grupo escultórico?... Lo peor es que el Marqués me va a reconocer.)
- LAV. (A Padiola) Registre usted a ese hombre.
- AQUILES ¡Caballero!
- LAV. ¡Obedezca!
- LUIS (Apuradísimo.) (¡Maldición! ¡Me he perdido y le he perdido ...)
- ENR. (A Luis.) ¿Qué?
- LUIS Que es el padre de mi novia y he guardado los documentos en su abrigo para luego...
- ORD. (Aparte a Ireno.) ¡Está perdido, Ireno!
- IRENO ¿Por qué?
- ORD. Porque oculté en uno de sus bolsillos el retrato de la Princesa.
- IRENO ¡¡Jesús!..
- PAD. (Sacando de uno de los bolsillos del gabán de Aquiles varios documentos.) ¡Ah! Aquí están los documentos.
- MARQ. (¡¡Gracias, Dios clemente!!)
- ENC. ¡Era él el ladrón! ¡Ah, bandidosol...
- ROM. ¡¡Magencia!!!...

- HUG. (¡Virgen santa!)
- AQUILES (Perplejo.) (Pues es verdad que estaban en mi bolsillo)
- IRENO ¡Ordoño!!
- ORD. ¿Qué significa esto, Ireno? Acaso ese hombre misterioso...
- IRENO ¡Calla!
- PAD. (Por el otro bolsillo.) Y aquí hay un medallón. (Lo da al Marqués.)
- MARQ. ¡El retrato de la Princesa!...
- AQUILES (¡Señores, que cosa más extraordinaria!)
- LUIS ¡El retrato de mi madre!... ¡Y lo tenía él!...
- ENR. (A Luis.) Ese es el hombre que intentaba entrar en el despacho.
- LUIS ¡Enrique!... ¡Amigo mío!... ¡Me creo morir!
- ENR. ¡Luis! (Le sujeta.)
- MARQ. (Mirando al cielo.) (¡Gracias, Señor de las alturas!...)
- LAV. Padiola: amarre usted a ese hombre.
- AQUILES ¡¡No!... ¡¡Yo no soy un ladrón!!
- MARQ. ¡Quietos! ¡No lo es, no! Ese hombre es sagrado, ese hombre es santo. ¡Yo lo juro!
- TODOS ¿Eh?
- MARQ. ¡Sí! Sin conocerle, le conozco y le admiro. Ese hombre puede servirnos a todos de modelo. ¡És un modelo!
- AQUILES (Ya decía yo que me iba a reconocer.)
- IRENO (Tembloroso, conmovido.) ¡Lázaro!!
- AQUILES (Bajando la cabeza.) (¡Que vergüenza!)
- LUIS (Casi sin alientos) ¡Enrique! .. ¡Qué horror!..
- IRENO ¡Es el Príncipe, Ordoño!...
- ORD. Hemos hecho nuestra suerte.
- MARQ. ¡Presto! ¡Devolvedme esos documentos y ese medallón; son suyos; le pertenecen! (Se los dan.)
- AQUILES ¿A mí?...
- MARQ. Sí, sí... ¡Lázaro!... ¡Lázaro!...
- AQUILES (Altivo.) No me avergüenzo, no. ¡Lázaro, sí, y a mucha honra!
- MARQ. ¡Oh! Abrid las puertas; dejadle salir. (A Góngora.) Que mis criados le rindan pleitesía. Con él salen de esta casa la bondad, la virtud y el heroísmo.
- AQUILES Muy buenas noches. (Todos se inclinan respetuosos, y Aquiles se va por la izquierda, precedido de Góngora.)
- ROM. No me explico esto, Magencia.
- MAG. Ni yo...

- MARQ. ¡¡Por fin!!... ¡Gracias, Dios mío!
ABS. Pero, escucha, ¿ese hombre?..
MARQ. Ese hombre es el Príncipe Lázaro de Cretoni; el que lleva tantos años ocultando su ilustre condición...
- TODOS ¡Oh!
HUG. ¡¡Mi padre!!
ROM. ¡¡Yo, casada con un dinasta!!...
LUIS ¡¡Enrique!! ¡Es mi padre!... ¡¡Y el padre de ella!... ¡Desgraciado de mí!...
- ROM. (Con empaque de reina.) ¡Paso, señores!... Paso a la Princesa de Cretoni. (Todos se inclinan reverenciosos.)
 (Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero. Es de día.

(Al levantarse el telón están en escena DELFINA y PACA, ambas en traje de mecánica. Delfina asomada al balcón insulta airadamente a su ex novio. Paca, entretanto, vigila cerca de la derecha, segundo término.)

DEL. ¡Sinvergüenza!... ¡Bandido!... ¿Eh? . No, hijo; si lo digo en alta voz pa que se entere todo el mundo. ¡¡Sinvergüenza!!... (A Paca.) ¿Viene alguien?

PACA No; ¡duro!

DEL. (Como antes.) Y eso de las películas se t'ha acabao, porque mañana sabe todo Madri que es un martingalas sicalítico. ¿Qué dices?...

PACA ¡Valiente tío ladrón!... (Asomándose al balcón un instante.) ¡Indecente! (Vuelve a donde estaba.)

DEL. ¿Eh?... ¿A mí?... Anda; tira si te atreves. ¡Cobardel!... (Se quita del balcón rápidamente.) ¡Caray, tú, que va a tirar!

PACA ¿El qué?

DEL. Una piedra.

PACA Pues suspende la interviú, porque si rompe un cristal nos la hemos buscao. Ya hoy le has dicho bastante,

DEL. Quiá, hija; ese varía de domicilio o tiene que escuchar mis insultos a tóas las horas del día. ¡Pues buena soy yo!... ¡Y dice que en cuanto me asome me va a tirar la piedra!

¡Sí, sí! (Suena un timbre dentro.) Haz el favor de abrir que han llamao.

PACA

Voy. Será el chico de la tienda, que desde hoy va a subir toas las cosas.

DEL.

¿Por qué, tú?

PACA

Hija, porque la señora no se fía de mí. Ya ves, la carne se la trae tos los días el carnicero. Decía que yo se la subía a ella sin que él me la subiera a mí y ahora que la sube él ya ves como la sube. Y como en la tienda lo están subiendo tó, pues quiere la muy tonta que suba también el chico, que era lo único que no había subido. (Vuelve a sonar el timbre.) Voy a ver lo que trae.

DEL.

Pues trae prisa.

PACA

Le voy a gastar una broma por la mirilla. (Se va por la izquierda.)

DEL.

(Asomándose al balcón con todo género de precauciones.) ¡Anda! Pues sigue con la piedra en la mano. Ya te cansarás, sinvergüenzón. (Quitándose del balcón.) Cada vez que m'acuerdo de la que m'ha jugao ese tío fresco, me hierve la sangre. Porque en la lección de «besorapia», como él decía, me obligó a darle lo menos «decisiete» besos. ¡Maldita sea su estampal!.. Y el canalla de su primo, diciéndome a cada instante: «Jóven alumna; déle ahora uno muy apretado en la nuca.» ¡Mal haya sea su corazón! (Rumor de voces dentro.) ¿Eh? Se acerca a la puerta de la izquierda.) ¡Atíza! ¡Menuda plancha debe de haberse tirao la Paca!

(Por la izquierda entran en escena IRENO, MAGENCLIA y PACA. Ireno viene limpiándose la americana. Paca, apuradísima, no sabe donde meterse.)

IRENO

¿Y dice usted que no es más que agua?

PACA

Nada más que agua, señorito; se lo juro a usted. Es que yo tengo la costumbre de limpiar la mirilla haciendo un buche y espurreando; no sabía que ustedes habían llamado y...

IRENO

Bien; no se hable más del asunto.

PACA

El señorito disimule...

MAG.

¿Los señores se han levantado?

PACA

El señor, sí, señora; se levantó y se fué a la calle muy temprano. La señora no ha salido «entavía» de su cuarto. Casualmente yo estaba aquí aguardándola porque tengo que

decirla que la artesa se sale por un bujero y que no puedo lavar la ropa.

- IRENO ¿Pero ni siquiera ha pedido el desayuno?
PACA No señor.
DEL. No le choque a los señores el ensabonamiento.
MAG. (Encantada.) ¡Oh!
DEL. Es que anoche estuvieron en el baile de Moratones y regresaron tarde al domicilio.
MAG. Muy bien, Delfina; muy bien.
IRENO Y dígame, joven castelarina, ¿estaba usted levantada cuando ellos regresaron?
DEL. Yo no, señor; la guardia correspondía anoche a mi compañera.
IRENO Y vamos a ver... Fulana, como se llame...
PACA Paca G y Comas, para servirle.
IRENO ¿G? ¿Qué es eso de G?
PACA Pues, combinas, señorito. Que mi primer apellido es Garres, ¿sabe usted? Y yo lo pongo en «abrevientura», porque cuando digo Paca Garres, hay chuflla y si añido Paca Garres y Comas hay chuflla y chiflla.
MAG. ¡Claro!
IRENO Bueno, pues dígame una cosa, Paca G.
PACA El señorito me dirá.
IRENO Cuando anoche abrió usted la puerta a los señores, ¿cómo venían?
PACA Pues venían... Vamos, no sé si debo... Porque aquí a la Delfina ya le he contado... Pero a ustedes...
MAG. Hable con franqueza absoluta, Paca. De nuestros labios no saldrán delaciones que la perjudiquen.
PACA Pues miren ustedes, yo creo que la señora, venía... Vaya, con dos copas de más. Porque al entrar aquí dijo blanqueando los ojos y estirando los brazos: «¡Qué pequeño es tu alcázar, princesa Romana!...» (Suspira Magencia.) Y como la señorita Hugolina saltaba de nerviosa, añidió dirigiéndose a mí... «Esclava; lleve azahar a la Princesita Hugolinini!» (Magencia vuelve a suspirar.)
IRENO Oígame; y al señor, ¿no le oyó usted decir nada?
PACA El señor, me pidió su vaso de leche, y cuando se lo entré, que estaba ya por cierto en camisón, decía contemplando un medallón antiguo: «No me explico esto».

- IRENO ;Claro! ;Como se lo iba a explicar!
PACA Luego se... (Mirando a Delfina, como dándole re-
moquete.) se ensabanó...
- MAG. Muy bien también, Paca.
PACA Cogió un sobre lacrado, leyó: «Declaracio-
nes de la Princesa en su última temporada
de regeneración y de santidad.»
- IRENO (Interesadísimo) ¿Y qué? ¿Qué hizo?
PACA Tiró el sobre a los pies de la cama y dijo tumbándose: «Yo no leo esto; ¿qué me importa a mí la última temporada de la Princesa?»
- IRENO ¡Oh! No la perdona.
PACA ¿Qué?
IRENO Nada, Paca; muchas gracias. Pueden retirarse.
- MAG. Digan a la señora que estamos aquí.
DEL. Sí, señor. (Se van Paca y Delfina por la derecha, segunda puerta)
- IRENO No ha querido leer los documentos. ¡Qué entereza de ánimo!
- MAG. Y qué suerte la de Romana, Ireño. Princesa latina de la noche a la mañana
- IRENO Suprime las aleluyas y déjame pensar. (Mirando su reloj.) ¡Ese Ordoño!... Me dijo que estaría aquí antes de las once...
- MAG. ¡Pobrecillo! Siendo Hugolina de sangre principesca, no creo que insista en sus pretensiones.
- IRENO De sangre principesca y con una fortuna millonesquísima.
- MAG. ¿Rica también?
IRENO Ahora vendrá el Marqués a traerla la guita. Heredan un potosí.
- MAG. ¡Qué suerte! ¡Cambiar el percal por la seda, ajuarar la casa, enjoyarse, llegar en todo a la colmadura!...
- IRENO Aquí llega. Trátala como es debido.
MAG. Sé lo que me incumbe. (A ROMANA, que entra en escena por la segunda puerta de la derecha, con una bata de cretona de colores muy vivos.) ¡Princesa de Cretoni!...
- IRENO (Rendidísimo.) ¡Alteza!...
ROM Ni Princesa ni alteza, amigos míos. Romana a secas, como siempre. Con ustedes no rezan mis blasonerías. Mi nuevo escudo, no sé si fuselado o papelonado, tendrá un flanco diestro que diga: «Para mis antiguos amigos, democracia y demofilia».

- MAG. ¡Oh!...
- ROM. Sentaos.
- MAG. Gracias. (Se sienta.)
- IRENO Muchas gracias, alteza. (Se sienta también.) Pues venimos a saber noticias del Príncipe, y al mismo tiempo a comunicar a usted algo que seguramente ignora.
- ROM. Lo ignoro todo, amigos míos. Aquiles, mejor dicho, Lázaro, es frío como un escandinavo y reservado como un esotérico.
- IRENO Bueno, ¿pero esta mañana no han hablado ustedes?
- ROM. Esta mañana se levantó con el Alba como siempre; él no es nada dormijoso. Yo, desde mi lecho, le dije: —Príncipe, ven; ven, ¡ríncipe.—Y él, malhumorado, repúsome: —Déjame en paz, anciana libertina. —Es que quiero hablarte de lo de anoche—añadí—. Y él, torvando el gesto...
- MAG. ¡Oh!
- ROM. ... Me contestó ceñudo:—Sí, me conoció el Marqués; pero el ser Lázaro no me deshonorra; es el pan de mi hija —Y dando un portazo, que me trepidó hasta la almohada, salió de dormitorio macilento y combado.
- MAG. ¡Qué carácter tan enterizo!
- IRENO ¿Y ha leído, por fin, los documentos que sustrajo?
- ROM. Intactos yacen sobre su mesa: acabo de verlos.
- IRENO ¡Oh! ¡No perdonará a la Princesa!
- MAG. La venganza anidó en Italia, Ireño, y acaso el Príncipe lleve en sus venas sangre de los Dux.
- IRENO ¡Pobre Moratones!
- ROM. ¡Cómo! ¿Pero su difunta esposa la Princesa?...
- IRENO Sí; le traicionó con el Marqués. Por eso el Príncipe huyó ocultando su nombre. Con lágrimas en los ojos nos contó anoche el Marqués las historias de Lázaro y de Emma de Cretoni.
- MAG. ¡Oh! ¡Qué bella página! ¡Cuando la Princesa Emma muere en olores de santidad!...
- ROM. ¿Pero muere regenerada?
- IRENO Sí, y antes de morir heredó de su tío el Rey de Italia una millonada.
- ROM. ¡¡Ah! ¡Mi esposo sobrino de un Rey!... ¡Yo

- millonaria y de italiana realeza!... Por Dios, amigos y súbditos, repetidme esa historia.
- MAG. Con sumo gusto, alteza.
- DEL. (Con PACA, por la segunda puerta de la derecha.) La señora tiene servido el desayuno.
- ROM. ¿Os importa hacerme el relato mientras ingiero el soconusco?
- IRENO ¿Qué nos ha de importar? Vamos.
- ROM. Aguardad. La servidumbre ignora aún mi encumbrecimiento. Paca y Delfina, oidme: Esta casa es la mansión del Príncipe Lázas ro de Cretoni.
- IRENO Duque de Montebrina y Señor de Maineri.
- ROM. (Desflecada.) ¿También Duque y Señor?
- IRENO También.
- ROM. (¡No saltes, corazón!) (A las criadas.) Ya lo escuchastéis. Yo soy la Princesa, Duquesa y Señora; poned desde ahora en vuestras palabras el tino y el tono que deben cumplir a servidores de casa tan enhiesta. ¿Vamos?
- MAG. Vamos.
- PACA Oiga usted.
- ROM. ¿Eh?
- PACA La artesa...
- ROM. ¡¡Alteza!
- PACA ¿Cómo?
- ROM. Que se dice Alteza.
- MAG. Y hay que inclinarse al decirlo.
- PACA Bueno; pues la alteza... (Se inclina.) tiene un bujero.
- ROM. ¡Insolente!
- PACA ¿Eh? ¡Ay, qué graciosa! Vamos a verlo ahora mismo.
- ROM. ¿Qué dice esta zafia mujer?
- PACA Vengan ustedes a la cocina y verán si se sale agua o no se sale.
- ROM. ¡Ah! ¿Pero?... (Riendo sin ganas.) Como comprenderéis se trata de un *quid pro quo*
- MAG. Lo comprendí en el acto: un pequeño *quid pro quo*.
- IRENO Claro.
- PACA Será un *quid pro...* cló, o será que s'ha picao de la lejía, pero el agua se sale y se pone la cocina que me río yo del Mediterráneo.
- ROM. (Altiua.) Delante de la Princesa no tiene usted que reirse de nada y menos del Mediterráneo que por ser *mare latinum* es *mare*

nostrum. ¡Soy sobrina de un Rey! Avise al estañero. ¿Vamos, señores?

IRENO

Vamos. (Con aires de reina hace mutis Romana por el segundo término de la derecha, seguida de Magencis y de Ireno.)

PACA

¿Pero tú has oído?

DEL.

¡Chica!

PACA

¡Nos ha respunteao! Yo me río delante de la Princesa y delante de Apolo. ¡Estaría bueno!

DEL.

Pero, Paca, ¿será verdad que el señor es Príncipe?

PACA

Príncipe, cuatro, segundo, izquierda.

DEL.

¿Qué dices?

PACA

¡Vamos, hombre! ¿Qué va a ser Príncipe el señor con lo delgadísimo que está? Si fuera Príncipe no comeríamos tantas zanahorias, que ya no sé cómo ponerlas pa que parezcan otra cosa. ¡Nos ha fastidiado! Es una señora de película. ¡La Princesa!... Chantecler y gracias. Voy a avisar al hojalatero. Dejaré abierto. (Se va por la izquierda.)

DEL.

Tiene razón. ¿Cómo va a ser Príncipe un señor que no tiene más que dos calzoncillos y una camiseta? Hay cosas que no pueden ser. (Se asoma con todo género de precauciones al balcón.) ¡Qué rico! Todavía está con la piedra en la mano... (Haciendo el juego de sacar la cabeza y ocultarse en seguida.) ¡Sinvergüenza!...

LUIS

(Por la primera puerta de la derecha.) Delfina.

DEL.

Señorito.

LUIS

Busque a la señorita Hugolina y dígale que necesito hablar con ella ahora mismo.

DEL.

Sí, señor. (Se va por la derecha, segunda puerta.)

LUIS

(Dejándose caer en una silla.) ¡Dios mío!... ¡Qué horror! No lo quiero pensar. Cuando yo le diga: «¡Hugolina, amor mío; eres mi hermana, mi hermana!» No; no tendré fuerzas. Enrique se encargará de decírselo. Pero antes necesito leer esos documentos. ¡Dios santo! ¿Será Hugolina hija de otra mujer? Porque si ella fuese hija de otra mujer y yo no fuera hijo del Príncipe, sino de Moratones... ¡Ah! ¡Entonces!... ¡Dios mío, que yo no sea hijo de mi padre! Pero, ¿qué digo? En ese caso, mi madre... ¡Oh! ¡Estoy loco.

HUG.

(Por la derecha, segunda puerta.) Luis...

LUIS

(Abrazándola.) ¡Hugolina!...

- HUG. (Muy seria.) ¿Qué haces, Luis?
- LUIS (Sin soltarla.) ¡Déjame; puedo abrazarte!
- HUG. ¿Eh?
- LUIS (Rechazándola.) Es decir, no sé si tengo ese derecho.
- HUG. ¿Aludes a mi condición de Princesa?
- LUIS Sí.
- HUG. No temas, Luis mío; yo nunca seré Princesa para tí.
- LUIS ¡Ojalá!
- HUG. Te lo juro.
- LUIS No bastan tus juramentos. Respóndeme... ¿Conociste a tu madre?
- HUG. Sí.
- LUIS ¡Ah! (Nerviosamente alegre) ¡La conocí!... ¡La conocí!...
- HUG. Murió cuando yo tenía cinco años.
- LUIS ¡Entonces tu madre no era la Princesa Emma de Cretoni!
- HUG. No, mi madre era de Andújar y se llamaba Dulcisíma Pérez.
- LUIS ¡Ah!
- HUG. El Príncipe de Cretoni es mi padre.
- LUIS ¡Tu padre!
- HUG. Hace mucho tiempo que lo sabía, pero no había querido decirte nada para no herir tu modestia
- LUIS ¡Ay; si me lo hubieras dicho, cuántos males hubieras evitado!
- HUG. ¿Eh?
- LUIS (Abrazándola nuevamente.) ¡Hugolina!
- HUG. ¿Otra vez, Luis?
- LUIS Sí, puedo estrecharte entre mis brazos; por más que... (La rechaza)
- HUG. ¿Qué te sucede?
- LUIS Es preciso que yo sepa a qué atenerme. Hugolina, entra en la habitación de tu padre y tráeme esos documentos que le hallaron anoche en el bolsillo del abrigo.
- HUG. No sé si debo ..
- LUIS Obedéceme. Necesito leerlos. De su lectura depende nuestra felicidad.
- HUG. Espera. (Se va por la derecha segunda puerta)
- LUIS ¡No! ¡No tendré fuerzas para hacerle la revelación! Dios santo! ¿Por qué no fallecí yo en Montevideo cuando cogí aquellas infecciosas?
- ORD. (Por la izquierda.) Saludo al caballero.

- LUIS Buenos días.
- ORD. ¡Caray! ¿Dónde he visto yo esta cara? Anda, pero si es el huésped que s'ha afeitao. Bueno, ¿pero éste?... ¡Ya lo creo! Oiga, joven, ¿guste f no estaba anoche en la guardarropía del Marqués de Moratones?
- LUIS Sí, señor; y ojalá me hubiera muerto antes de entrar en el palacio.
- ORD. ¡Caramba! ¿Pues qué le ocurre?
- LUIS Nada. Déjeme en mi abismo.
- HUG. (Con unos papeles en la mano. No ve a Ordoño.) Toma, Luis n.ño.
- ORD. (¿Qué es esto?)
- LUIS Gracias, vida de mi vida.
- ORD. Pero...
- HUG. (Viéndole.) ¡Ah!
- LUIS (Por los papeles.) ¡No ha querido leerlos! Están intactos. Temerá leer en ellos lo que ojalá leyese yo: que no es mi padre. Es decir, no. ¡Pobre madre mía! (A Hugolina.) Que nadie me interrumpa; voy a leerlos. (Se va por la primera puerta de la derecha, besando los papeles.)
- ORD. De manera, que usted y... el guardarropense...
- HUG. (Altiya.) No tengo que dar a usted cuenta de mis actos. Si desea usted ver a la Princesa madre, está en el comedor.
- ORD. ¡Esa altivez!...
- HUG. Es hija de mi noble sangre. ¡Aún hay castas!
- ORD. Pues yo soy de los más castizos.
- HUG. ¿Es amenaza?
- ORD. Es corcho quemado. ¡Maldita sea! Diré a Romana lo que ocurre y va a salir el huésped planeando por el balcón. (Hace mutis por la segunda puerta de la derecha.)
- HUG. (Acercándose a la primera puerta de la derecha.) ¿Qué papeles serán esos? ¿Por qué querrá leerlos? El misterio de mi padre ya está aclarado; pero el de Luis continúa penúmbrico. ¡Ay, Jesús! ¡Estoy como doña Romana!
- ENR. (Por la izquierda.) ¿Se puede?
- HUG. (El amigo de Luis.) Pase usted.
- ENR. A los pies de usted, señorita.
- HUG. Muy buenos días.
- ENR. ¿Está don Luis levantado?
- HUG. Sí, señor; pero ha suplicado que nadie le interrumpa en este momento. Siéntese si gusta.

- ENR. Muchísimas gracias. (Se sienta)
- HUG. (¡Si yo pudiera sonsacarle!... Porque éste debe saber...)
- ENR. (Me gusta muchísimo. Es monísima. Si al revelarle yo el secreto se desmayara y cayera en mis brazos... Pero, vamos, que me gusta una barbaridad.)
- HUG. Usted es muy amigo de Luis, ¿verdad?
- ENR. Poseo todos sus secretos.
- HUG. Eso me decía él hace un momento; mi amigo cuando venga te dirá muchas cosas que yo aún no te he dicho.
- ENR. Cómo, ¿pero han hablado ustedes ya de lo de anoche?
- HUG. ¿De lo de anoche?
- ENR. De lo del medallón y de los documentos...
- HUG. Sí, señor.
- ENR. ¿Y él?...
- HUG. ¿Qué?
- ENR. Él la ha abrazado a usted conmovido.
- HUG. Conmovidísimo. ¿Cómo lo sabe usted?
- ENR. ¡Desgraciado!
- HUG. ¿Kh?
- ENR. Anoche me lo decía llorando: «Enrique, no tendré valor para darle la fatal y al mismo tiempo grata noticia; vé tú y ayúdame.» Por eso he venido.
- HUG. (¡Ay! ¿Qué será?)
- ENR. Y quiero, señorita, ahorrarle el disgusto de presenciar la escena. Ahora que él no nos escucha le revelaré la infausta nueva.
- HUG. (Asustada.) ¡Me da usted miedo!
- ENR. ¡Valor! Apóyese en mí, porque si le da un vahido...
- HUG. ¡Hable, por Dios, caballero!
- ENR. Sí; pero apóyese.
- HUG. No me hace falta. Llevo en mis venas sangre de Cretoni.
- ENR. Y él también.
- HUG. ¿Qué?
- ENR. Señorita; Luis Malgrén, no se llama Luis Malgrén sino Lázaro Maineri y es hijo de vuestro padre el Príncipe de Cretoni.
- HUG. (Trágicamente) ¡¡Ah!! ¡¡Mi hermano!!
- ENR. Sí; desmávese.
- HUG. ¡¡Mi hermano!!
- ENR. (¿Qué le diría yo para que se privara?) ¡Su hermano, sí! ¡El tierno niño abandonado por

su padre en Montevideo! ¡Anduvo de zcalzo y errante!... ¡Las fieras le acosaban!... ¡Una noche durmió en la cueva de un tigre!... ¡Hay para desmayarse!

HUG.

¡¡Mi hermano!... ¿Pero él no sabía?...

ENR.

El ignoraba que don Aquiles fuera su padre. ¡Hacia tantos años que no le veía! Pero anoche al ser descubierto don Aquiles por el Marqués, comprendió la magnitud de su desgracia. ¡Era novio de su hermana! ¡Qué horror! ¡No sé como no se cae usted sin sentidos!

HUG.

¡Jesús! ¡Me faltan las fuerzas!

ENR.

(Así, así.)

HUG.

¡Mi hermano!... ¡Truncado mi idilio!... ¡Rotas mis ilusiones!... ¡Deshecha mi vida!...

ENR.

(Ahora, ahora.)

HUG.

¡No!... ¡Al contrario!... Debo alegrarme. ¡Es mi hermano! ¡Sí! (Acercándose a la primera puerta de la derecha y gritando.) ¡Luis!... ¡Ven!... ¡Conozco el secreto de tu vida! ¡Mis brazos te agarran!... ¡Ay! (Se apoya en el quicio de la puerta.)

ENR.

(Es indesmayable. A esta la encuna un miura y se duerme.)

ORD

(Con ROMANA, MAGENCIA e IRENO, por la segunda puerta de la derecha.) Se van ustedes a convencer.

LUIS

(Gritando dentro.) ¡¡Hugolina!...

HUG.

¡¡Luis!...

LUIS

(Entrando en escena descompuesto.) ¿Dónde estás? ¡Ah!

HUG.

(Abrazándole y besándole.) ¡Luis de mi alma!...

ROM.

(Avanzando majestuosa.) ¡Princesa!... ¿Qué livianidad es esta?

HUG.

¡Es mi hermano! ¡Mi hermano!

TODOS

(Menos Enrique.) ¿Eh?

LUIS

Sí, señora; es mi hermana. He aquí los documentos que lo acreditan. (Les entrega unos papeles) Soy Lázaro Maineri y Monteporcio, hijo de los Príncipes de Cretoni.

ROM.

(Examinando los papeles) ¡Dios mío!

HUG.

(A Luis.) Tu amigo me reveló el secreto de tu vida, y ya ves, no me he muerto de desesperación.

LUIS

(Abrazando a Enrique.) Gracias, Enrique.

ENR.

¡Qué temple el de tu hermana, Luis! ¡Me enamora!...

LUIS

¿Te gusta?

- ENR. Mucho, muchísimo.
 LUIS Será tuya.
 ENR. ¡Hermano! (Otro abrazo.)
 ROM. (Entusiasmada.) ¡Sí! Es hijo de mi esposo, ¡es mi hijo!! (Yendo a él con los brazos abiertos.)
 !!Hijo!!...
 LUIS ¡¡Madre!!... (Se abrazan.)
 MAG. (Secándose una lágrima.) Estas escenas de familia son lagrimiacas y conmovetrices.
 ROM. ¡Tú! ¡Tú hijo de mi Lázaro!...
 LUIS Sí, pero silencio, por Dios. Mi padre me desprecia. Me abandonó en Montevideo.
 HUG. ¡Le abandonó a las fieras!
 ENR. (Caray!)
 LUIS Cree que no soy hijo suyo sino hijo de Moratones, hijo del amor.
 ROM. ¡Hijo mío!...
 LUIS ¡Y se engaña, sí; se engaña! Aquí lo jura mi madre en sus minutos postrimeros por la salvación de su ánima.
 MAG. ¡Qué bella frase!..
 LUIS Yo necesito que mi padre lea estas declaraciones; yo necesito que me abra los brazos y que perdone a la Princesa. ¡Por un abrazo de mi padre daría cien mil liras!
 IRENO Caballero, lloro al escucharle. Yo conseguiré que el Príncipe le estreche contra su corazón; yo lograré que perdone a la difunta Princesa, y luego aceptaré esas cien mil liras para distribuir las entre mis pobres.
 LUIS Caballero, si usted me lograra todos esos bienes, no cien mil, doscientas mil le entregaría.
 IRENO Queda en pie lo de las doscientas. Le abrazará y le besará.
 LUIS ¡Oh!
 ROM. Todos le ayudaremos.
 HUG. Sí, todos.
 ROM. ¡Abandonarlo en Montevideo!... Nunca creí que Lázaro tuviera tan mal corazón. ¡El, que le cae una mosca en el consomé y en el acto echa un migote para que el insecto trepe y se salve!...
 MAG. Los celos, Princesa, lo afabulan todo y todo lo maleabilizan.
 ROM. Es muy cierto.
 IRENO (Aparte a Ordoño.) Menudo partido es ahora Hugolinita.

- ORD. De esa Princesa seré yo el «azafate».
(Por la izquierda entran en escena el MARQUÉS y ABSALON, seguidos de GÓNGORA, que trae una gran caja de madera.)
- MARQ. ¿Señoras?
- ROM. ¡Oh! ¡Marqués!... (Le saluda.)
- IRENO ¡Amigo Calvo!...
- ABS. (saludándole.) Vengo a presentar mis excusas al Príncipe. Anoche le insulté gravemente y estoy verdaderamente condolido.
- MARQ. Yo vengo a entregarle la fortuna y las joyas que le pertenecen. Góngora, deja ahí la caja y puede retirarse. (Góngora deja la caja sobre una mesa, se inclina y se va por la izquierda.)
- ENR. Señor Marqués; he aquí al hijo del Príncipe, de quien le hablé esta mañana. (Por Luis.)
- MARQ. ¡Ah! ¡Tú! ¡Lázaro!... ¡Lazarillo!...
- LUIS Señor...
- MARQ. Si has leído las memorias de tu santa madre, sabrás que puedes abrazarme sin rencores.
- LUIS Sí.
- MARQ. ¡Oh! (Le abraza.) ¡Cuánto lloró por tí la desgraciada!
- IRENO El Príncipe le odia, pero yo le he prometido que le abrazará y le besará.
- MARQ. ¡Oh! ¡Si a mi me perdonara también!...
- IRENO ¡Quién sabe! Tal vez yo lo consiga.
- MARQ. Si así fuera, Ireno, mi vida y mi hacienda serían tuyas. (A Enrique.) ¿Vió usted a Lavaña?
- ENR. Sí, señor. Insiste en que el Príncipe Lázaro de Cretoni murió en París en Enero del once.
- MARQ. Es terco como una cebra.
- ABS. Es un idiota, como todo el que se afeita... ¡Ay! Perdón...
- ROM. (Acercándose a la puerta de la izquierda.) ¿Eh? Oigo la voz del Príncipe. Sí: habla en la escalera con Agapio, el portero.
- IRENO Dejadme con él.
- MARQ. En esta caja está con las joyas, una carta firmada por mí para que en el Banco Español de Crédito le entregue cinco millones de pesetas.
- ROM. ¡Dios mío!... ¡Cinco millones!...
- ORD. Bien, bien; dejadle todos con Ireno.
- LUIS (A Ireno.) ¡Caballero!...
- MARQ. (idem.) ¡Interceda por mí!

- IRENO** Pierdan ustedes cuidado.
- ROM.** Es^taremos a la mira, para intervenir cuando sea necesario. Seremos un coro de suplicantes. (Hacen mutis por la derecha, segunda puerta, Romana, Magencia, Hugolina, el Marqués, Absalón, Luis, Ordoño y Enrique.)
- IRENO** Vamos a ver como te portas, Ireno. Son, doscientas mil liras y un regalo espléndido del Marqués. Si consigo lo que deseo, menudo ruido voy yo a armar con las doscientas mil liras. Observaré desde aquí si viene de buen humor. (Hace mutis por la primera puerta de la derecha.)
- AQUILES** (Por la izquierda.) Aún queda gente educada en el mundo. Me he encontrado al señor Lacabra, el secretario de don Absalón y me ha hecho un saludo, que se lo hace al Príncipe Pío de Saboya y se envanece. ¡Que manera de doblar la cintura! Como que yo creí que se le había caído algo al suelo. Luego, mi amigo Picavea me ha convidado a un vermuth con seltz y, caramba, como no tengo costumbre de ingerir bebidas alcohólicas, se me ha subido a la cabeza y estoy que me bailan un poco los objetos. La Providencia no me abandona, porque hoy que venía yo más triste que nunca ese vermuth me ha alegrado un poco. ¡Qué suerte la mía! Llego a casa del escultor y me dice el criado: «no se moleste usted en pasar porque como no vino usted ayer tarde, el señor Lavallega tiene ya otro modelo para el Lázaro.» Y yo juraría que a mí no me habló de ir por la tarde. ¡Válgame Dios! Nada, estoy decidido. Me consta que Hugolinita tiene relaciones con el huésped, que parece un muchacho formal. Si cuaja la boda, que Dios quiera que cuaje, me voy a la Argentina a ver si allí puedo ganarme honradamente la existencia. (Ríe.) Caramba, me está dando vueltas aquel sofá.
- IRENO** (Entrando.) (Hasta se ríe. Es natural. Le afrontaré.) Lázaro...
- AQUILES** ¿Eb? ¿Quién?
- IRENO** Entrañable Lázaro...
- AQUILES** Aquí, Aquiles, amigo Ireno: lo de Lázaro pertenece a la historia.
- IRENO** Es que yo tengo que llamarle Lázaro, nom-

bre que evoca recuerdos de alta nobleza y de recia virtud, porque tengo que hacerle rendida y respetuosamente dos súplicas.

AQUILES Bueno, pero de todas maneras, desco ocultar lo de Lázaro...

IRENO Lo saben ya todos. El Marqués se ha encargado de propalarlo a los cuatro vientos.

AQUILES Menos mal que no se trata de ninguna deshonra. ¿Y qué súplicas eran esas?

IRENO Una de ellas que abra usted los brazos a su hijo ¡Sí! ¡A su hijo!

AQUILES ¿Qué hijo?

IRENO (Fingiendo que se conmueve.) ¿No le dice nada la la voz del corazón?

AQUILES ¿Eh? ¿Acaso el huésped?..

IRENO ¡Sí!

AQUILES (Mi hija tiene suerte.)

IRENO ¿Me promete usted abrazarle?

AQUILES Hombre, si Romana es gustosa... Si ve con buenos ojos esta unión...

IRENO Romana, matrona nobilísima, cuyo corazón es rueca de oro, le ha abrazado y le ha besado aquí mismo, hace un momento.

AQUILES ¿Qué dice usted? ¿Que le ha besado también?

IRENO Era lo indicado. Y usted le besará igualmente.

AQUILES Lo de besarle me hace un poco raro, amigo Ireño.

IRENO El lo desea y yo se lo suplico.

AQUILES Bien: aunque con cierta repugnancia estoy dispuesto a complacerle.

IRENO (Entusiasmado.) ¡Oh! ¡Gracias!... ¡Doscientas mil... gracias! Ahora veo más claramente que nunca su nobleza y su bondad.

AQUILES (Sentándose.) ¡Caramba con el vermuth! Estoy flojísimo de piernas. Y eso, que lo tomé sin biter.) ¿Y cuál es la otra súplica?

IRENO (¡Dios me dé elocuencia!) ¡Lázaro!...

AQUILES Aquiles.

IRENO ¡No! ¡Lázaro!

AQUILES Como usted guste.

IRENO Hay que perdonar a los muertos y hay que olvidar las traiciones de los vivos.

AQUILES No entiendo.

IRENO Vuestra primera esposa...

AQUILES (Levantándose exaltado.) ¡Ah! No me la recuerde. Me traicionó con felina perfidia.

- IRENO Olvidela: ya es ceniza, humo, éter...
- AQUILES A ella la he perdonado, pero al miserable que la sedujo. ¡Ah!
- IRENO (¡Pobre Marqués!)
- AQUILES (¿Vivirá? Sólo sé que era médico.)
- IRENO (Si yo pudiera conmovérle...) ¡Si supiera usted, cuan arrepentido está de su culpál
- AQUILES ¿Eh? ¿Pero vive?
- IRENO Vive y llora, regio amigo mío. Lleva muchos años buscándole a usted por todas partes, para caer a sus plantas, abrazarse a sus nobles rodillas y obtener ese perdón que desea y que es para él máspreciado que la propia existencia. Ahora, al encontrarle a usted ha empezado por devolverle lo que es suyo. (Abriendo la caja.) Aquí tiene usted estas joyas y una carta para que le entreguen cinco millones de pesetas.
- AQUILES ¿A quién? ¿A él?
- IRENO A usted.
- AQUILES ¿Pero no dice usted que son suyos?
- IRENO De usted. Esto es suyo y de sus hijos.
- AQUILES ¿De sus hijos de él?
- IRENO No, de los de usted. El no tuvo hijos con su esposa
- AQUILES ¿Con la de él?
- IRENO Con la de usted.
- AQUILES (Mareado. ¡Caray! ¿Es el Torino, o es que este hombre no se explica bien?) Vamos a ver, amigo Ireño, que esto es muy grave. El caballero de quien me habla fué el amante de mi esposa, ¿no?
- IRENO Sí, pero está arrepentidísimo.
- AQUILES Bueno, ¿y quién es? Porque eso es lo que más me interesa.
- IRENO El que firma esa carta.
- AQUILES ¡Ah! (Coge la carta que habrá dentro de la caja y lee.) ¡El Marqués de Moratones!...
- IRENO ¡Sí! El Marqués de Moratones.
- AQUILES ¡Dios mío!... (Por eso anoche me salvó, antes de que yo le dijera que era inocente... ¡Ah, miserable!...) ¿Y este hombre?...
- IRENO ¿Que?
- AQUILES ¿Es médico?
- IRENO No, señor.
- AQUILES ¡¡¡ Ah!!!!... (Mordiéndose las manos.) ¡Eran dos!...
- IRENO ¡¡ Dos!! ¡¡ Un médico y un Marqués!...
- IRENO ¡Caray!

- LUIS (Con Romana y Hugolina por la derecha segundo término) ¡Padre!... (Queda en actitud sumisa.)
- AQUILES ¿Eh?... (Serenándose y mirando a la altura.) ¡Qué sabio eres, Dios mío!... Me haces saber una infausta nueva y me la endulzas proporcionándome la alegría de esta boda.)
- LUIS ¡Padre!...
- AQUILES Hijo mío: a mis brazos.
- LUIS ¡Oh! (Le abraza.)
- AQUILES (A Ireno.) Vea cómo le beso. (Besa a Luis.)
- LUIS (Conmovido.) ¡Padre mío!...
- IRENO (A Aquiles.) Gracias.
- LJIS (Abrazando y besando a Hugolina.) ¡Hugolina!
- HUG. (Idem.) ¡Por fin!
- AQUILES (Escandalizado.) ¡Caracoles! ¿En mis narices?) (Muy severo.) ¡Que estoy yo aquí, Hugolina!
- HUG. (Acudiendo a él.) Es verdad. He debido abrazarte a tí primero. Pero, ¡le quiero tanto!... ¡Ay!... (Vuelve a abrazar a Luis.)
- AQUILES (¡Señores, qué descocol!) (Separandola de Luis.) Y usted se ha afeitado.
- LUIS Tutéeme, por favor.
- ROM. Sí, esposo mío: tutéale; es tu hijo, nuestro amadísimo hijo.
- LUIS Gracias, madre; como a madre la quiero. (La besa.)
- AQUILES (¡Caray con el huésped, qué pegajoso es!) (Lo separa de Romana.) ¿Y por qué te afeitaste?
- LUIS Lo exigía la ocupación a que me dedicué unas horas.
- AQUILES No comprendo, Luis.
- LUIS Lázaró. Puede usted llamarme Lázaró.
- AQUILES ¿Eh? ¿Pero tú también?...
- LUIS Sí; soy Lázaró, como usted.
- AQUILES ¡Lázaró tú! ¿Tú, el que me sustituye?...
- LUIS Y el que desea ser como usted, modelo en todo.
- AQUILES ¿Verdad que no es deshonroso nuestro proceder?
- LUIS ¿Quién piensa en eso?
- AQUILES A mí, el pérfido Marqués me reconoció anoche. ¿A ti te ha visto esta mañana?
- LUIS Sí.
- AQUILES ¿Y te ha reconocido?
- LUIS ¡No! ¡El no tiene que reconocerme! El no es mi padre. ¡La que está en los cielos lo asegura!

- AQUILES No; si yo no digo que sea tu padre, pero vamos, podía haberte reconocido.
- ROM. Tu nuevo hijo nos ha relatado la historia de su mancebez, una historia triste rayana en lo epopéyico y nos ha hecho verter lágrimas. ¿Qué idea malefactora te asaltó cuando le dejaste en Montevideo?
- AQUILES ¿Eh?
- LUIS No es hora de recriminaciones, madre, sino de perdón, y yo necesito, padre mío, que perdone usted a mi madre.
- AQUILES (Por Romana.) ¿A esta?
- LUIS ¡No! ¡A la mía! (En este momento entran en escena por la derecha segundo término MAGENCIA, ORDONO, ABSALON, ENRIQUE y el MARQUÉS, y quedan apiñados junto a la puerta. Aquiles, que estará de espaldas a ellos, no los ve.)
- MARQ. (A los demás.) Ocultadme; quiero ver si la perdona.
- LUIS Mi madre, señor, murió como una santa. Estas memorias, que yo necesito que usted lea, lo atestiguan.
- AQUILES Bueno, pero tu madre...
- LUIS Fué una mujer no comprendida.
- MARQ. ¡Eso!
- LUIS Más aún, no conocida por las personas que tenían el deber de conocerla, y no trato con esto de culpar a nadie. Aquí lo dice: «ni aun siquiera mi esposo me ha conocido bien.» Usted no la conoció.
- AQUILES No: no la conocí.
- LUIS Ella no hizo nunca mal a nadie. A usted tampoco le hizo mal.
- AQUILES Cuando tú lo dices... Además, que si no la conocí...
- LUIS Pero usted la perdona, ¿verdad?
- AQUILES Hombre...
- MARQ. (Nerviosísimo.) ¿Qué va a decir?
- AQUILES ¿Cómo voy yo a negar un perdón que tú me pides y para una persona que no me hizo mal? Sí: la perdono de todo corazón.
- LUIS (Besándole una mano, conmovido.) ¡Gracias, gracias, padre mío!
- AQUILES (Parece tonto este chico. Y cuidado si es besucón.)
- MARQ. (Sin poderse contener.) ¡Gracias, Dios clemente!... ¡El corazón de ese hombre santo sabe perdonar! (Llora)

- AQUILES** (Revolviéndose furioso.) (¿El?... ¿El Marqués en mi casa?)
- ROM.** (Conmovida.) ¡Marqués, amigo!...
- MARQ.** (Medio abrazandola.) ¡Bondadosa señora!...
- AQUILES** (¿Y abraza a esta también?)
- MARQ.** (Dirigiéndose a Aquiles.) En esta hora magnánima de su vida yo le imploro perdón. (Hincea una rodilla ante él.)
- AQUILES** (Dándole una bofetada.) ¡Traidor!
- TODOS** (Sofocando un grito.) ¡¡Ah!!
- MARQ.** (Sumiso.) He aquí mi otro carrillo.
- AQUILES** ¡Pues para el otro! (Le da otra bofetada en el otro lado.)
- MARQ.** (Levantándose y elevando los ojos al cielo.) Tu mirada dulcísima me contempla desde el cielo.
- AQUILES** ¡¡Sinvergüenza!! (Todos acuden a él.)
- ROM.** ¡¡Príncipe!!
- MAG.** ¡Duque!
- IRENO** ¡Lázaro!
- LUIS** ¡Padre!
- ORD.** ¡Señor de Maineri!
- AQUILES** ¿Es a mí?...
- ABS.** (¡Qué dos galletas le ha soplado! ¡Le ha chafado la barba!)
- HUG.** ¿Pero qué te ocurre, papá?
- AQUILES** (Sujetándose para no caerse.) Esto es el vermuth.
- IRENO** Pues si esas dos toitas son el vermuth es que lo va a matar.
- AQUILES** Me estalla la cabeza: yo necesito saber qué joyas son estas y qué millones son estos.
- LUIS** Claro: usted no sabe que mi madre heredó del rey.
- AQUILES** Yo no sé nada.
- MARQ.** Yo le daré una detallada explicación. Dejádme a solas con él.
- AQUILES** ¿Eh?
- MARQ.** No me importa que de nuevo me abofeteé; tiene derecho a hacerlo.
- ROM.** ¡Oh! ¡Qué alhajas tan espléndidas! Lo pondré todo a buen recaudo. (Toma la caja.) Acompañeme, Magencia, y tú también, Hugolina. (Aparte a Aquiles.) Esta Princesa te será siempre fiel.
- AQUILES** ¿Cómo?
- MAG.** (A Aquiles.) Príncipe, duque y señor, a vuestro comando.
- AQUILES** ¿Qué?

- HUG. (Aparte a Aquiles.) Quiero mucho a mi hermano, padre mío. ¡Le quiero mucho!...
- AQUILES (Boquiabierto.) ¿Pero qué dicen? (Se van por la derecha segunda puerta Romana, Magencia y Hugolina.)
- ABS. (A Aquiles.) Anoche le ofendí gravemente. Acababan de decirme que mi esposa me traicionaba con dos y estaba yo un poco nervioso. Hoy completamente tranquilo por lo que sé que es falso...
- AQUILES ¡Ah! ¿Era falso?
- ABS. Sí; falso, falsísimo. Se lo he preguntado a ella misma y ella me ha dicho que no es verdad.
- AQUILES ¡Ah! Entonces...
- ABS. ¡Claro! ¿Quién lo iba a saber mejor que ella?
- AQUILES Naturalmente. (¡Qué cínico!)
- ABS. Deseo, Alteza...
- AQUILES ¿Cómo dice?
- ABS. Que deseo me perdone y me reconozca como un verdadero amigo. Puede que algún día usted y yo formemos sociedad.
- AQUILES (Cogiéndole por las solapas y zamarreándole.) Esa broma de mal género no se la tolero ni a usted ni a Lacabra.
- ABS. ¿Eh?...
- AQUILES ¡Cínico!...
- LUIS (A Aquiles.) Padre, el señor no le ha insultado.
- AQUILES Es el Torino.
- ABS. ¡Acaba de injuriarme!
- MARQ. Enrique, acompañe y que se tranquilice.
- ENR. Venga usted, señor Calvo.
- ABS. ¡No! ¿Usted? ¡Quiá! ¡Puaf... (Escupe. Hace mutis por la primera puerta de la derecha, seguido de Enrique.)
- LUIS (A Aquiles, suplicante.) Sea usted amable con el Marqués, padre mío. Yo le prometo que mañana mismo saldremos para Italia.
- AQUILES ¿Eh?
- LUIS Rezaremos en la tumba de la Princesa y luego nos iremos a Montevideo para depositar unas flores en el sepulcro de Malgreni. (Se separa de él conmovido.)
- AQUILES (¡Qué cosas más raras me dicen!)
- IRENO (Aparte a Aquiles.) Lázaro, Dios manda perdonar y la Cretoni lo manda también. (Se separa de él y habla con Luis.)
- ORD. (Aparte a Aquiles.) Yo fui el del medallón.
- AQUILES ¿Cómo dice usted?

- ORD. Que yo fui el que se lo introdujo en el bolsillo. Piense en Hugolina y en mí. (Se une a Ireño y a Luis.)
- AQUILES (Sentándose ya loco.) ¡Caballeros, con el vermouth! Parece que me hablan en chino. Pues yo tan beodo no estoy)
- IREÑO (A Ordoño.) ¿Le has dicho que fuiste tú el que le metiste en el bolsillo el medallón de la Princesa?
- ORD. Sí.
- LUIS ¿Cómo! ¿Pero él no robó el retrato?
- IREÑO No: él robó los documentos.
- LUIS No, señor; los documentos los robé yo y los oculté en su abrigo.
- ORD. ¡Ay, mi madre!
- LUIS ¿Qué?
- ORD. Que este hombre no es el Príncipe.
- LUIS ¿Eh?
- ORD. Porque... ¡claro!.., ¡Que no es el Príncipe!
- LUIS ¡Venga usted aquí, por lo que más quiera en el mundo!
- IREÑO Como no sea el Príncipe le pego (Hacen mutis por la primera puerta de la derecha Luis, Ordoño e Ireño.)
- AQUILES (¿Qué nueva incongruencia me dirá ahora este tío?) (De mal talante al Marqués.) ¿Qué va usted a decirme?
- MARQ. Voy a repetirle las últimas palabras de Emma.
- AQUILES ¿No lo dije? Déjese de infundios y contéteme a lo que verdaderamente me interesa.
- MARQ. (sumiso.) Pregunte.
- AQUILES Usted, ¿dónde conoció a mi primera esposa?
- MARQ. Yo la conocí en San Pedro.
- AQUILES ¡Ah! Fué durante el verano.
- MARQ. No, señor; fué el día de Reyes.
- AQUILES Como decía usted en San Pedro.
- MARQ. En San Pedro, pero el día de Reyes.
- AQUILES No me lo explico.
- MARQ. Fué el año del terremoto.
- AQUILES Ni aun con el terremoto.
- MARQ. ¿Cómo dice?
- AQUILES Que no me lo explico ni con cataclismo. ¿Cómo es posible que coincidan los Reyes con San Pedro?
- MARQ. Es que como oficiaba el Santo Padre en San Pedro, estaban los Reyes, y con los Reyes iba su difunta esposa.

- AQUILES (Cogiendo una silla.) Le voy a pegar a usted un silletazo que le voy a abrir el cráneo.
- ABS. (Por la primera puerta de la derecha, muy descompuesto.) ¡Marqués!... ¡Ven un momento!
- MARQ. Perdóname, Absalón; no puedo ahora.
- ABS. ¡Es indispensable!... (Aparte al Marqués.) Ese hombre no es el Príncipe.
- MARQ. (Saltando en seco.) ¡Ah!... Sólo de pensarlo me chirrían los dos carrillos.
- ABS. Ven y te vencerás.
- MARQ. Vamos. (Se van los dos por la derecha primera puerta.)
- AQUILES ¿Qué pasará?
- PACA (Por la izquierda.) Señorito.
- AQUILES ¿Qué hay, Paca?
- PACA Ha subido conmigo un caballero que desea hablarle un instante. Está en el recibimiento.
- AQUILES ¿Le ha dicho cómo se llama?
- PACA El señor Lavaña.
- AQUILES ¡Caramba!... (Se va precipitadamente por la izquierda.)
- LUIS (Por la derecha, primera puerta, nerviosísimo. Casi no puede hablar de puro nervioso.) ¡Ay!... ¡No es mi padre!... ¡No es mi hermana!... ¡Paca!
- PACA Señorito.
- LUIS ¡No es mi hermana! (La abraza.) ¡Puedo abrazarla porque no es mi hermana!
- PACA Bueno, pero tampoco soy ninguna prima.
- LUIS ¡Paca! Avise a la señorita Hugolina. ¡Quiero abrazarla!
- PACA ¿También? (Haciendo mutis por la derecha segunda puerta.) (Sí que es disimulado el gachó.) (vase.)
- LUIS ¡Claro!... ¡Clarísimo!... Yo le metí los documentos, el otro el medallón... Como él en casa del escultor hacía de Jázaro y el Marqués le llamó modelo... ¡Clarísimo! Pero, ¿cómo iba a ser mi padre ese hombre con esa facha tan innoble? Porque, hay que verle despacio.
- HUG. (Por la derecha, segunda puerta.) ¿Qué quieres, Luis?
- LUIS ¡Hugolina de mi alma, ven a mis brazos! ¡Qué contentísimo estoy!
- HUG. ¿Pero qué te pasa?
- LUIS ¡Lo mejor que podía pasarme! ¡Aprietal! ¡Que no somos hermanos!
- HUG. (Rechazándole.) ¡Ah! ¡Suéltame!
- LUIS ¿Eh? ¿Qué es eso? ¿Pero es que no te alegras?

- HUG. Me alegro, pero no siendo hermanos no debes abrazarme.
- LUIS Tienes razón; pero te abrazaba como a una hermana.
- HUG. Por sí acaso.
- LUIS ¡Qué contento estoy!
- HUG. ¿Entonces no soy Princesa?
- LUIS Lo serás porque vas a casarte conmigo y es lo mismo.
- HUG. ¡Quiá! ¡Es mejor!
- LUIS (Queriendo abrazarla de nuevo) ¡Hugolina!
- HUG. ¡Quieto! Escucha, ¿y cómo has sabido?...
- LUIS Ven y te enterarás de todos los detalles. ¡Ah! ¡Qué alegría tengo! Claro que siento no haber encontrado a mi padre, pero, caramba, celebro muchísimo el no ser hijo de un tío tan ridículo.
- HUG. ¿Qué dices, Luis?
- LUIS ¡Ay! Perdóname, Hugolinita. Con el alborozo se me van las ideas y no sé lo que digo. Anda, vamos. Ven... (Se van por la derecha, primera puerta.)
- AQUILES (Con LAVAÑA, por la izquierda. Viene riéndose.) ¡Claro! Así me llamaban Alteza y Duque y no sé cuántas cosas más. (Vuelve a reír.) Ha sido un equívoco de juguete cómico. Como que yo pensaba: ¿cómo es posible que un vermouth y dos aceitunas den para tanto? Por quien siento la equivocación es por mi hija. ¡Lo que habrá sufrido la pobrecita al verse hermana de su novio!
- LAV. Pues yo, lo que deseaba saber es si se trataba de un un *quid pro quo* o de una maldad.
- AQUILES ¿Cómo de una maldad?
- LAV. Hombre, hay tanto sinvergüenza en este Madrid, y el pobre Moratones es tan tontaina, que yo pensé: a ver si este señor Laguardia es un fresco que quiere pasar por el Príncipe de Cretoni para apoderarse de esa cuantiosa fortuna.
- AQUILES ¡Por Dios, señor Lavaña!
- LAV. No; estoy completamente tranquilo. Sé que es usted una persona honorabilísima. Además, sé que vive aquí el hijo del Príncipe, de cuya existencia ya tenía yo noticias, y ese debe recibir las joyas y el dinero que habrá traído el Marqués.
- AQUILES Claro.

- LAV. Bien; pues no quiero que el Marqués me vea; creería que venía a recrearme en mi triunfo, y no es ese mi ánimo. Le voy a dejar unas letras y usted se las da con este telegrama en el que se indica la fecha del fallecimiento del Príncipe y el lugar en que yacen sus restos.
- AQUILES Sí, señor. (Indiciéndole una mesita.) Aquí puede usted escribir. Yo ahora mismo pondré en claro este enredo.
- LAV. Perfectamente. (Se sienta y escribe.)
- AQUILES (Muy preocupado.) (Es decir, yo ahora no pongo en claro nada. Le he dado dos bofetadas al Marqués que el difunto Príncipe no se las hubiera arreado con más elegante gallardía. Debe tener los carrillos cocainizados; y si ahora le digo yo muy sonriente: perdóneme usted, soy Aquiles, me larga una patada que me volatiliza. ¡Al instante! Hasta mañana no deshago el equívoco. Justamente ahora que conozco por Lavaña la historia del Príncipe, puedo desempeñar el papel de Cretoni con una justeza y una propiedad que si el propio Príncipe me viese dudaría de sí mismo.)
- LAV. Con esto que le digo al Marqués creo que es suficiente.
- AQUILES ¡Ah!
- LAV. Tome usted. (Le da lo que ha escrito.)
- AQUILES Muy bien.
- LAV. Tantísimo gusto, señor Laguardia.
- AQUILES A sus órdenes siempre, amigo mío.
- LAV. No, no se moleste.
- AQUILES No faltaría más. (Se van los dos por la izquierda.) (Por la derecha, primera puerta, entran en escena el MARQUÉS, IRENO, ORDOÑO y ABSALÓN. El Marqués y Absalón vienen furiosos.)
- MARQ. Pisotearle me parece demasiado; eso se hace con los insectos, y ese canalla es menos que un escarabajo.
- ABS. Yo le escupiré al rostro.
- IRENO Calma, señores, calma. Ese hombre ignora que le hemos tomado por Cretoni. ¿No recuerdan ustedes la cara de extrañeza que ponía cuando le llamábamos Alteza?
- ORD. Claro, hombre; el infeliz ha estao en panoli toa la mañana.
- MARQ. No lo creo.

- IRENO (Mirando hacia la izquierda.) Aquí llega. Llámense ustedes Príncipe y verán cómo protexta y demanda una explicación.
- ORD. ¡Claro! ¡Qué va a ser ese santo capaz de ninguna superchería!
- MARQ. Hagamos la prueba, y si es un sinvergüenza saldrá de aquí codo con codo.
- AQUILES (Por la izquierda.) (Aquí están. Las daré de Príncipe.) (Les mira con arrogancia.)
- MARQ. ¡Príncipe de Cretonil... (Aquiles saluda reverencioso.)
- ABS. ¡Duque de Montebrinal... (Nuevo saludo de Aquiles.)
- ORD. ¡Señor de Maineril... (Nuevo saludo.)
- AQUILES (En melodrama.) Marqués de Moratones, he olvidado ofensas y agravios. Emma, desde el cielo, me manda perdonar y le perdono. (Todos se miran asombrados.) ¡Pobre Emma mía! ¡Aún la veo en sueños!... Era bella como la Diana yacente de Bernini... ¡Ay! (Finge llorar.) ¡Mi pobre esposa la Princesa!...
- MARQ. (A Ireño, en alta voz.) ¿Qué me dice usted ahora?
- IRENO (Asombrado.) ¡Señores, qué sinvergüenza!
- ORD. (Idem.) ¡Lo oigo y no lo creo!
- ABS. (Idem.) Es más fresco que un rompeolas.
- LUIS (Entra por la derecha primera puerta.)
- AQUILES (A Luis.) ¡Lázaro, hijo mío!...
- LUIS ¿Eh?
- AQUILES Ven. (Luis se le acerca. Acariciándole y besándole.) ¡Cómo te pareces a tu pobre madre la Princesa! ¿Verdad, Marqués? Te miro y sufro. ¡Cuánto me pesó el haberte dejado en Montevideo!
- LUIS ¿Pero qué dice usted?...
- MARQ. Yo a este tío cínico le pego.
- HUG. (Entra en escena por la derecha primera puerta, seguida de ENRIQUE.)
- AQUILES Hugolina, hija mía, besa a tu hermano.
- HUG. Pero, papá, ¿ahora salimos con eso?
- AQUILES ¿Eh?
- HUG. ¡Sí ya saben todos que no eres el Príncipe!
- AQUILES ¡Ay, mi madre!
- MARQ. Nos consta que es usted un impostor y de aquí saldrá usted para la cárcel. Voy en busca de Lavaña.
- AQUILES Pero si Lavaña acaba de marcharse de aquí. Por él he sabido yo el equívoco y seguía la

corriente para evitar el castigo de ustedes. He aquí lo que el señor Lavaña ha dejado para usted. (Le da unos papeles.) Perdóneme, Marqués, y perdóneme usted también, señor Calvo.

ABS. (Asqueadísimo) ¡Puafl... ¡Calvo!... ¡Qué horror! Prefiero el Torino...

ROM. (Dentro.) Hacedme escolta, Paca y Delfina.
(Por la segunda puerta de la derecha entran en escena ROMANA, MAGENCIA, PACA y DELFINA. Romana trae un manto de corte y luce en la cabeza una corona de Princesa. Viene como para que la toquen la Marcha Real.)

AQUILES (¡Jesús!)

I ENO (¡Infeliz!)

ABS. (¡Qué espanto!)

LUIS (¡Qué plancha!)

MAG. (Entusiasmada.) ¡Oh! Parece una bella Reina latina que va a mostrarse al pueblo desde los balcones de su lindo alcázar.

AQUILES ¡Romana! ¡Que estás haciendo la india!

ROM. ¡No me corcovos, Lázaro!

MAG. (A Aquiles.) ¡Déjela esplendear, Alteza!

ROM. Deseo que mis piedras preciosas rebrillen al sol. (Se dirige al balcón.) ¡Que me sigan mis damas!

AQUILES (¡Dios mío, una pedrada para que escarmente y te prometo ir descalzo a Santander!)

ROM. (Asomándose al balcón.) ¡Vedme todos!... (Recibe una pedrada en la cabeza y cae desmayada en brazos de Magencia, Delfina y Paca.) ¡Ay!... (Todos acuden a ella menos Aquiles.)

DEL. ¡¡Bononato!!

PACA ¡Ya l'ha dao!

ORD. ¡Le ha tirado un chino peludo!

ABS. ¿Peludo y la han hecho daño? No es posible.

AQUILES ¡Ah! ¿Pero ha sido una pedrada?

IRENO Sí, señor; una pedrada.

AQUILES ¡Qué desgracia tengo!... ¡Con lo lejísimos que está Santander!...

(Telón.)

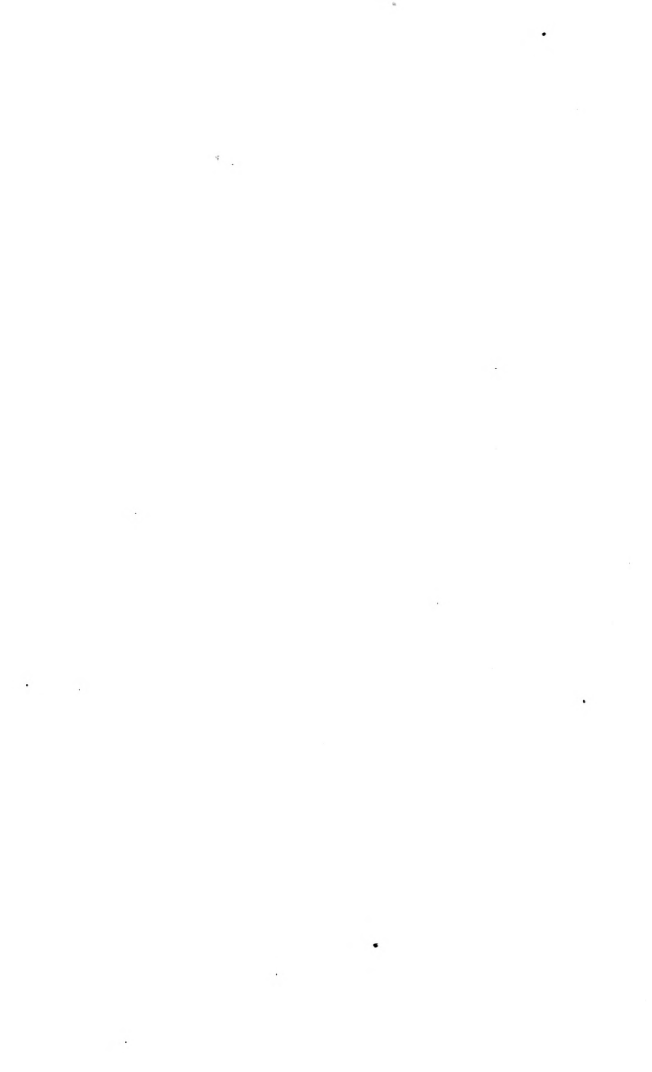
Obras de Pedro Muñoz Seca

- Las guerreras*, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo.
- El contrabando*, sainete. (Undécima edición).
- De balcón á balcón*, entremés en prosa. (Tercera edición.)
- Manolo el afilador*, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.
- El contrabando*, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)
- La casa de la juerga*, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinto Valverde y Juan Gay.
- El triunfo de Venus*, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.
- Una lectura*, entremés en prosa. (Segunda edición.)
- Celos*, entremés en prosa. (Segunda edición.)
- Las tres cosas de Jerez*, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.
- El lagar*, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.
- A prima fija*, entremés en prosa.
- El niño de San Antonio*, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
- Floriana*, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.
- Los apuros de Don Cleto*, juguete cómico en un acto.
- Mentir á tiempo*, entremés en prosa.
- El naranjal*, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
- Don Pedro el Cruel*, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
- El fotógrafo*, juguete cómico en un acto.
- El jilguerillo de los Parrales*, sainete en un acto.
- La neurastenia de Satanás*, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.
- Mari-Nieves*, zarzuela en cuatro cuadros. Música de maestro Saco del Valle.

- Tentaraja y Compañía*, pasillo con música del maestro Roberto Ortells.
- Por peteneras!*, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)
- La canción húngara*, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.
- La mujer romántica*, opereta en tres actos, adaptación española.
- El medio ambiente*, comedia en dos actos.
- Coba fina*, sainete en un acto. (Segunda edición.)
- Las cosas de la vida*, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
- La nicotina*, sainete en prosa.
- Trampa y cartón*, juguete cómico en dos actos. (Cuarta edición.)
- La cucuana de Solarillo*, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.
- El modelo de Virtudes*, juguete cómico en dos actos.
- López de Coria*, juguete cómico en dos actos.
- El bien público*, sátira en dos actos.
- El milagro del santo*, entremés en prosa.
- El incendio de Roma*, juguete cómico con música del maestro Barrera.
- El Pajarito*, comedia en dos actos.
- El paño de lágrimas*, juguete cómico en tres actos.
- Fúcar XXI*, disparate cómico en dos actos.
- Pastor y Borrego*, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
- La niña de las planchas*, entremés lírico.
- Cachivache*, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.
- Naide es na*, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.
- El roble de «la Jarosa»*, comedia en tres actos.
- La frescura de Lafuente*, juguete cómico en tres actos (Segunda edición.)
- La casa de los crímenes*, juguete cómico en un acto. (Segunda edición.)
- La perla ambarina*, juguete cómico en dos actos.
- La Remolino*, sainete en un acto. (Segunda edición.)
- Lolita Tenorio*, comedia en dos actos.
- Los que fueron*, entremés en prosa.

- La escala de Milán*, apropósito.
- La conferencia de Algeciras*, apropósito.
- El verdugo de Sevilla*, casi sainete en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)
- Doña Marta Coronel*, comedia en dos actos. (Segunda edición.)
- El Príncipe Juanón*, comedia dramática en tres actos y prosa.
- El último Bravo*, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
- La locura de Madrid*, juguete cómico en dos actos.
- Hugo de Montreux*, melodrama en cuatro actos.
- El marido de la Engracia*, sainete en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música de los maestros Barrera y Taboada Steger.
- La traición*, melodrama en tres actos.
- Los cuatro Robinsones*, juguete cómico en tres actos y en prosa.
- Adán y Evans*, monólogo.
- El rayo*, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Cuarta edición.)
- El sueño de Valdivia*, sainete en un acto. (Segunda edición.)
- Albi-Melén*, obra de pascuas en dos actos, divididos en cuatro cuadros, música del maestro Calleja.
- El último pecado*, comedia en tres actos y un epílogo. (Segunda edición.)
- John y Thum*, disparate cómico-lírico-bailable en dos actos, divididos en seis cuadros. (Segunda edición.)
- Los rifeños*, entremés en prosa.
- El voto de Santiago*, comedia en dos actos (Segunda edición.)
- El teniente alcalde de Zalamea*, juguete cómico en un acto.
- De rodillas y a tus piés*, entremés.
- La casona*, comedia dramática en dos actos.
- Los pergaminos*, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
- Garabito*, chascarrillo en prosa.
- La barba de Carrillo*, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
- La fórmula 3 K³*, disparate en un acto. (Segunda edición.)

- Las famosas asturianas*, comedia en tres actos de Lope de Vega Refundición.
- La venganza de Don Mendo*, caricatura de tragedia en cuatro jornadas, original, escrita en verso, con algún que otro ripio. (Quinta edición.)
- La verdad de la mentira*, comedia en tres actos. (Segunda edición).
- Un drama de Calderón*, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición).
- Trianetas*, sainete en dos actos, divididos en seis cuadros, con ilustraciones musicales de Amadeo Vives.
- Los planes de Milagritos*, apunte de sainete.
- Las verónicas*, juguete cómico-lírico en tres actos, música de Amadeo Vives.
- La Tiziana*, entremés con música de Manuel Font.
- El mal rato*, paso de comedia.
- Faustina*, juguete cómico en tres actos. (Tercera edición.)
- La razón de la locura*, comedia gran guñolesca en tres actos. (Tercera edición.)
- Los amigos del alma*, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
- El colmillo de Buda*, juguete cómico en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
- El condado de Mairena*, comedia en tres actos y en prosa. (Tercera edición.)
- Pepe Conde o El mentir de las estrellas*, sainete en seis cuadros, dispuestos en dos actos. (Tercera edición.)
- La plancha de la Marquesa*, juguete cómico en un acto y en prosa. (Segunda edición.)
- Martingalas*, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
- El clima de Pamplona*, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
- La mujer*, paso de comedia.
- Sanjuán y Sampetro*, entremés en prosa. (Segunda edición.)
- Trampa y cartón*, juguete cómico en dos actos. Refundición hecha para zarzuela, con música del maestro Taboada Steg-r.
- Los misterios de Laguardia*, juguete cómico en tres actos.





PREÇO: 3,50 REPTAS

9285
PEDRO MUÑOZ SECA

EL MODELO DE VIRTUDES

JUGUETE CÓMICO

en dos actos, el segundo dividido en dos cuadros, original



Copyright, by Pedro Muñoz Seca, 1913

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, 24

1913



**RARE BOOK
COLLECTION**

**THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL**

PQ6217

.T44

v.377

no. 1-15

